

Nicolás Gómez Dávila: Sobre cómo hacer o no filosofía

Juan Luis Trujillo Marquez

Monografía de grado presentada para optar por el título de filósofo

Sergio Alexander Hoyos Contreras

Asesor de trabajo de grado

Universidad de Pamplona

Facultad de Artes y Humanidades

Programa de Filosofía

2025

Agradecimientos

A mi padre José Elver que gracias a todo su esfuerzo durante años me ha permitido seguir mis anhelos y ha hecho posible una de mis mayores aspiraciones, a saber, hacer de la filosofía uno de los pilares de mi vida. Su apoyo incondicional y sus consejos me dieron la oportunidad de emprender este camino y me llevaron a vivirlo de una manera placentera.

A mi tutor y amigo Sergio por su confianza desde el principio en este proyecto gomezdaviliano, sus correcciones y comentarios fueron parte fundamental para el desarrollo de este trabajo de grado, al igual que para la vida. Queda agradecerle todas sus palabras de ánimo y aliento que permitieron afrontar los momentos de desasosiego.

A los amigos porque la filosofía se construye en conjunto, pues gracias a las tertulias, a los debates y a su acompañamiento me permitieron ver el mundo desde diversos puntos de vista que enriquecieron este trabajo, en especial a Carlos Arturo, Jimmy, Brayan, Luigi y Giovanna con los cuales compartí este maravilloso viaje.

Por último, a mi familia por todo su cariño y comprensión que me dieron la fuerza necesaria para seguir adelante.

Tabla de Contenido

Introducción	5
Primer Capítulo: La filosofía desde la perspectiva de Nicolás Gómez Dávila.....	10
La concepción de filosofía en la obra de Nicolás Gómez Dávila	12
Filosofía, escepticismo y fe.....	22
Filosofía <i>pointilliste</i>	27
Segundo Capítulo: La reacción como hilo conductor para la composición de una obra <i>pointilliste</i>	32
La tradición espiritual como fuerza viva que estructura el conocimiento	38
Tercer Capítulo: La realidad cotidiana como principio y fin del pensamiento	47
El estilo como una vía hacia la realidad.....	54
Una obra más una vida igual a una composición <i>pointilliste</i>	61
Conclusiones	64
Referencias.....	67

Índice de Figuras

Figura 1 Línea de tiempo obras de Gómez Dávila	6
Figura 2 <i>Un dimanche après-midi à l'Île de la Grande Jatte</i>	29

Introducción

A mitad del siglo XX, según López (2012), la actividad filosófica en Latinoamérica se movía entre dos posturas sobre la realidad de la filosofía, por un lado que cuando se hablaba de filosofía en Latinoamérica se refería al “[...] ejercicio situado espacio-temporalmente de un discurso universal” y por el otro “o se habla de filosofía latinoamericana: del modo peculiar que toma la indagación filosófica desde unas circunstancias determinadas que se vinculan con preguntas por <<la identidad>> y <<lo nacional>>” (p. 311).

Con este escenario que se instaura desde los años treinta del siglo XX, aparece el término y movimiento normalización de la filosofía, acuñado por el filósofo argentino Francisco Romero, este movimiento nace con un interés particular, era convertir el ejercicio de la filosofía como función ordinaria de la cultura (Romero, 1944, p. 150), este interés por convertir la filosofía en parte de la cultura de una nación recaía en hacer una amplia difusión de la filosofía y no de generar nuevas escuelas filosóficas que continuaran sus propios puntos de vista. Con las ideas de este movimiento en Colombia se empieza a dar un cambio de actitud frente a la filosofía, se deja de lado la búsqueda de una tradición filosófica colombiana y se trazan unos límites para hacer filosofía, definiendo una manera de ser en la que el rumbo de la actividad filosófica debía centrarse en el dominio de las categorías, conceptos y metodologías filosóficas.

Nicolás Gómez Dávila nace el 18 de mayo de 1913 en la Sabana de Bogotá en el seno de una familia aristócrata y muere el 17 de mayo de 1994 en su biblioteca. La obra de Gómez Dávila empieza a difundirse en 1954 cuando se edita de forma privada su primer escrito denominado *Notas*, el cual fue entregado a sus contertulios más cercanos, como lo fueron Hernando Téllez, Álvaro Mutis, Ernesto Volkening, entre otros. Este primer trabajo hizo que la presencia de Gómez Dávila como escritor no pasara desapercibida, pues gracias a Hernando

Téllez fue invitado a publicar un artículo sobre sus notas en la revista mito, la cual era editada en ese momento por Jorge Gaitán Duran. Ya en 1977 consolida su obra publicando dos tomos llamados *Escolios a un texto implícito*, publicados por la colección de autores nacionales del instituto colombiano de cultura.

Figura 1

Línea de tiempo obras de Gómez Dávila



Nota. En la siguiente figura se representa una línea del tiempo con relación a las obras de Nicolás Gómez Dávila.

Es así como la figura de Nicolás Gómez Dávila empezó a ser denominada de diversas formas, como, por ejemplo, el Nietzsche bogotano, el solitario de Dios, entre otros, pero él se consideraba a sí mismo como el reaccionario auténtico, estas denominaciones pueden ser un verdadero dilema. Porque lo que representaba Gómez Dávila:

era la imagen de una cultura proveniente de la elite conservadora y abiertamente católica, afincada tanto en la convicción de la prevalencia de los valores tradicionales de

occidente, como una compleja crítica a la idea de progreso humano, la modernidad científica y la democracia. (Ulloa, 2020, p. 84)

En otras palabras, era un crítico del ideal de progreso, entonces el rechazo a Gómez Dávila, según Ulloa (2020), se afianza a partir de las transformaciones promovidas durante los gobiernos de la república liberal, pues los intelectuales se habían podido distanciar de ese catolicismo institucionalizado. Con este momento de transformación política e intelectual la obra de Gómez Dávila fue recibida con algunos incisivos ataques como los de Rafael Gutiérrez Girardot y los de Rubén Sierra Mejía, filósofos colombianos que se movían en el medio académico, provocando una desatención general a la obra del bogotano.

En aquel escenario en el que la moderna filosofía académica se estaba inscribiendo buscó poner distancia frente a Gómez Dávila y su pensamiento, la forma de hacerlo fue impidiendo tratar como filosofía en sentido estricto, no solo a cualquier filosofía al margen de la tradición intelectual, sino también a las producciones nacionales en el marco del proyecto normalizador. Puesto que la obra de Gómez Dávila abiertamente catalogada como católica y reaccionaria afirmaba una “anormalidad filosófica colombiana y promovía así la imagen del filósofo creyente y aislado dentro de la sociedad” (Ulloa, 2020, p. 85).

Ahora, luego de que el pensamiento de Gómez Dávila fuera reconocido gracias a la influencia del italiano Franco Volpi por toda Europa, el colombiano se ha convertido en uno de los pensadores más inusuales, profundos y radicales del siglo XX. La obra de Gómez Dávila que se compone de fragmentos poéticos y densos representan, en un principio, una crítica a la modernidad, a sus corrientes académicas y a los sistemas filosóficos establecidos, también personifican una actitud reaccionaria que se observa en su reflexión sobre el mundo, la estética y

la existencia, y por último simbolizan una invitación a vivir de una manera lucida, labrando no solo una obra, un pensamiento, sino una vida.

Esta monografía tiene como objetivo examinar algunos elementos fundamentales del pensamiento gomezdaviliano, centrándose en la tarea que Gómez Dávila pone a sus lectores de buscar los tonos puros que componen la filosofía *pointilliste* y cómo esos tonos puros son elementos de una vida. En el primer capítulo, se abordará la concepción que Gómez Dávila tiene de la filosofía, la cual entiende no como una disciplina, ni una técnica o saber especializado, sino como un saber que todos deben de tener y ejercer, por eso Gómez Dávila considera que la mayor obra de la filosofía sea la vida misma, expresando la necesidad de ser conscientes del presente y de la necesidad de la tradición y la fe para alejarse del discurso moderno y vivir lúcidamente.

En el segundo capítulo se analizará la actitud reaccionaria de Gómez Dávila la cual puede concebirse en vez de una simple posición política, como un hilo conductor de su pensamiento, resaltando la necesidad de recuperar una tradición espiritual que es fuente de sentido para lograr afrontar el vacío que el mundo moderno propone como progreso. Finalmente, el tercer capítulo explora la manera en que la realidad cotidiana, es decir, el instante, lo que aparenta ser insignificante se transforma en el punto de inicio y de llegada del pensamiento, y cómo su estilo fragmentario se convierte no en una elección estética o formal, sino en una manera de pensar, de vivir que se corresponde con la realidad.

Lo que se busca con este trabajo es ofrecer una reconstrucción e interpretación de lo que Gómez Dávila denominó filosofía *pointilliste*, mostrando la relación que guardaba su obra con su manera de vivir, la cual era una forma de resistirse ante los ideales modernos, por eso cada nota, glosa y escolio representan la lucidez de Gómez Dávila y su fidelidad a un orden divino que ilumina su pensamiento.

Para referenciar y diferenciar las obras de Nicolás Gómez Dávila se utilizaron las siguientes abreviaciones:

N: *Notas I*

T, I: *Textos I*

ETI, I: *Escolios a un texto implícito I*

ETI, II: *Escolios a un texto implícito II*

NETI, I: *Nuevos escolios a un texto implícito I*

NETI, II: *Nuevos escolios a un texto implícito II*

RA: *Reaccionario autentico*

SETI: *Sucesivos escolios a un texto implícito*

Primer Capítulo: La filosofía desde la perspectiva de Nicolás Gómez Dávila

Ray Brassier en su texto *Herejía axiomática: La no filosofía de François Laruelle* (2003) referencia la forma en la que se puede evaluar qué tan original es una filosofía o si puede ser considerada filosofía. Esta manera de evaluar se caracteriza por tener en cuenta, por un lado, lo que piensa un filósofo, es decir, sus tesis filosóficas, y por otro lado se aprecia el cómo piensa un filósofo, a saber, la forma en que construye su pensamiento, siendo ésta última la forma más novedosa y difícil de hacer filosofía, ejemplo de ello están filósofos como Descartes, Kant, Hegel y Husserl, sujetos que marcaron la historia de la filosofía occidental.

En ese interés de formalizar metodológicamente la filosofía para dar validez al conocimiento, también se empezó a sistematizar la forma en la que se debía impartir filosofía dentro de la academia. Así se propagó, por toda Europa hasta llegar a Latinoamérica en donde “muchos académicos de la época vieron la necesidad de asociar la filosofía con un método [...]” (Ulloa, 2020, p. 84), para poder superar la enseñanza escolástica de la misma. Con este interés en mente, se comenzó a menospreciar a aquellos que no cumplían con esos arquetipos en los que se sugerían -conceptos y metodologías propiamente filosóficas- puesto que estos “otorgaban” la posibilidad de entrar en el diálogo universal occidental de la filosofía, y eran elementos que brindarían el rigor necesario para no estar alejados totalmente del desarrollo y progreso disciplinar.

Es bajo ese criterio metodológico que la modernidad propuso por medio del cual Nicolás Gómez Dávila, tuvo poca recepción en el campo académico. Sus ideas antimodernas, religiosas y su actitud reaccionaria lo alejaron de los claustros donde se enseñaba filosofía, además su forma de escribir le hizo ser clasificado más como un literato que como filósofo, así lo intenta expresar Rafael Gutiérrez Girardot (1989) filósofo colombiano de la época:

¿Qué crítica y discusión es posible en un país en el que todavía es posible que se conceda importancia a los “aforismos” de cachaquito de Gómez Dávila y a su intimidante rastacuerismo intelectual, quien, disfrazándose de Wittgenstein y desde su tomás-rueda vardezca posición sabanera, registra sus *bautades* antimodernas, creyendo al parecer, que por su talante pseudo-Wildeano, son efectivamente filosofía? (p. 305)

Al igual lo hizo Rubén Sierra Mejía (2010) pero de una forma más mordaz:

[...] Se nos habla de Nicolás Gómez Dávila como de un gran pensador. Pero léanlo con cuidado, y encontrarán que esas frases suyas, que se dicen aforismos, no son más que ocurrencias a las que se les puede agregar “y viceversa”, sin que afecte para nada su sentido. Escribía lo que se le ocurría, sin que él mismo se tomara el trabajo de evaluar el resultado. Nunca pensó lo esencial. (pp. 196-197)

La desacreditación del pensamiento de Gómez Dávila se debió a que en su obra no se encontraba el arquetipo de filosofía que se estaba construyendo en Colombia, es decir Gómez Dávila no compartía esa necesidad de asociar la filosofía con un método, siendo su pensamiento calificado por parte de los intelectuales de la época, como un ejercicio aislado y como una falta de profesionalismo. Por ende, su recepción como filósofo se vio caracterizada por el rechazo de sus ideas y el desconocimiento de su obra. Pero esto no le fue impedimento a Gómez Dávila para plasmar su voz, de una forma un tanto modesta: “yo carezco de opiniones, solo tengo breves ideas transitorias y fugaces, más parecidas a las posadas destartaladas donde descansamos una noche que a las mansiones espléndidas, donde no sabemos si moramos, o si somos prisioneros de su misma magnificencia” (N: 173) Gómez Dávila logra, aunque haya gente que no lo considere así, construir un pensamiento que trascienda en la reflexión del mundo.

La concepción de filosofía en la obra de Nicolás Gómez Dávila

En los escritos gomezdavilianos se puede observar una pretensión de resguardar las ideas antes de que mueran con la misma rapidez con la que surgen, con ese empeño los textos de Gómez Dávila se convierten en diarios que mantienen a salvo la última razón de vivir, y es ese anhelo de comprender¹, comprender el mundo desde el silencio y siendo esas “[...] notas, glosas, escolios [...] la expresión verbal más discreta y más vecina del silencio” (N: 50) para Gómez Dávila entonces escribir es una forma de pensar. En *Notas* su primera obra publicada en 1954 de forma privada se puede encontrar una diversidad de ideas que surgen a partir de las lecturas a las que le dedica gran parte del tiempo y de su vida, pues en *Notas*, según Mejía (2018), se halla “[...] el trabajo de un lector que se da a la meditación en búsqueda de lucidez y encuentra en ella sustento que hace posible la vida misma” (p. 23), una vida expresada en fragmentos que guardan un gran trabajo de reflexión y estilo, pero que sigue siendo una obra inacabada.

Tras la publicación de *Notas* se edita *Textos I* en 1959 también de manera privada², es un escrito en el que se encuentran diez ensayos los cuales tienen una particularidad poética. Son ensayos al estilo de Montaigne, al cual Gómez Dávila consideraba uno de sus maestros³, estos ensayos están acompañados de una armonía metafórica que se desliga de la argumentación común. Los ensayos expresan un interés por el hombre y una crítica al lugar que la democracia religiosa de la modernidad le ha otorgado en la sociedad. Por último, están los cinco tomos de los *Escolios a un texto implícito* los cuales fueron publicados por Procultura una entidad estatal, los dos primeros tomos se publicaron en 1977, luego otros dos tomos en 1986 y el último en 1992.

¹ “Última razón de vivir: el deseo de comprender” (*Notas*, 2003, 49).

² Gómez Dávila no deseaba hacer pública *Notas* (1954) la cual fue publicada en México por su hermano Ignacio, ni tampoco *Textos I* (1959), aquellos primeros libros editados e impresos fueron entregados a un grupo selecto de personas a las que Gómez Dávila invitaba a su casa para mantener conversaciones, como Hernando Téllez.

³ “Mis santos patrones: Montaigne y Burckhardt” (ETI, I: 409).

Estos cinco libros se convierten en la obra cumbre de Gómez Dávila y lo catapultan a la mirada del ojo público, pero un público extranjero como el del italiano Franco Volpi. Estos textos presentan un gran dilema para aquel que los lee y no es su forma fragmentaria, sino como propone Ulloa (2020) el problema es “[...] entender de que estas frases se denominen así, escolios y no aforismos” (p. 88) pues genera intriga saber cuál es o cuáles son los textos que está escoliando puesto que no hace referencia explícita a ellos, algunos de sus lectores consideran que escribe al margen de los libros de su biblioteca⁴, y otros aunque no niegan esa primera intuición también consideran que comenta su vida misma a partir de lo que lee⁵.

Gómez Dávila en estos escritos ofrece reflexiones de lo que considera filosofía, pero no respondiendo a la pregunta qué es filosofía, comparte cómo la concibe, porque podría decirse que Gómez Dávila no busca adentrarse en el mundo para alcanzar verdades absolutas, ni encontrar caminos seguros para la vida y el pensamiento, su concepción de filosofía quizá responda al intento de frenar ese impersonalismo en el que la modernidad se ha estado moviendo. El dilema que se le atañe a las reflexiones o análisis que hace Gómez Dávila es que no siguen una estructura rigurosa en la que sus afirmaciones estén acompañadas de argumentos que las sustenten. Tal vez *Textos I* (2002) sea la obra que salga de ese dilema, pero no sumándose a las lógicas del mundo moderno, sino a otra manera de cultivar su espíritu.

Dentro de su obra se puede observar una vida expresada en pequeños fragmentos que constituyen unos valores, es una vida expresada en lo más cercano al silencio, pero que en un

⁴ Según Rabier (2013) “[...] el texto implícito al cual se refiere Nicolás Gómez Dávila en sus escolios está conformado por los libros de su biblioteca, es decir las obras principales del pensamiento occidental [...]” (p. 236)

⁵ Según Francia Goenaga (2018) “El surgimiento de una obra sucesiva obedece a tantos factores que –así como no podemos asumir como dado el texto implícito– no podemos asumir una única fuente, ni un autor idéntico a sí mismo, a lo largo de la obra. Tal vez sea este un raro caso en donde autor, texto y lector se confunden” (pp. 94-95).

principio no está escrita para otros, con eso en mente se hace laborioso percibir la dirección del pensamiento gomezdaviliano, pues sus ideas, para Gómez Dávila, “[...] no aspiran a enseñar nada a nadie, sino a mantener mi vida en cierto estado de tensión” (N: 439), con esta tensión el deseo al expresar sus ideas no es ofrecer nuevo conocimiento, ni ser un guía espiritual para otros, sino que busca alcanzar un grado de lucidez “[...] para que las cosas no resbalen sobre nosotros como sobre una piedra aceitada” (N: 314), puesto que el inteligente o el lúcido no son sujetos que se encuentran en una dimensión distinta al mundo que habitan. Habrá, entonces, que considerar cómo espera Gómez Dávila alcanzar esa lucidez que le ayude a no obviar las cosas que le rodean.

El propio Gómez Dávila en una de sus *Notas* ofrece desde dónde debe partir su espíritu para ser parte de lo que le rodea: “aspiro a mantener mi pensamiento pegado y adherido a la realidad cotidiana” (N: 177), esta idea de adherirse a la cotidianidad podría sonar extraña si se considera que Gómez Dávila era un sujeto alejado del mundo encerrado en su biblioteca, pero muchas de sus afirmaciones dejan entrever que él era consciente y además estaba preocupado por el espacio que habitaba. Es a partir de esa unión con la realidad en la que la filosofía juega un papel importante dentro del mundo y de la vida, porque “la filosofía debería tan sólo describir, pero si quiere predicar que predique lo eterno” (N: 87), eso eterno en la línea del pensamiento gomezdaviliano es la realidad, puesto que en esa búsqueda de sentido de las cosas y de la vida misma en la que se enmarca la filosofía, lo que encuentra no son nociones “[...] porque la totalidad a que se endereza no es un concepto, sino ese concreto puro que llamamos Dios” (N: 53), un Dios no elevado al cielo, sino ese Dios omnipresente que acompaña a los seres humanos en su diario vivir.

Es así como para Gómez Dávila “la obra propia de la filosofía es una vida y no un conjunto de recetas” (N: 442), si la vida vuelve a ser el factor primordial dentro de la filosofía esto lo desliga de la forma en la que se hace filosofía desde Descartes y Bacon. Al apartarse de esta manera, y con una actitud reaccionaria, que lucha con la idea de progreso de la modernidad que en el intento por tecnificar y elevar la filosofía a una ciencia fue alejando el papel de ésta con su objeto, es decir, la vida, lo real y concreto, Gómez Dávila ve la oportunidad de emitir un juicio sobre la práctica de la filosofía rigurosa:

La filosofía que no se resigna a impuros manipuleos pelagra satisfacerse sólo a sí misma. Fascinada por la precisión que logra al obedecer a estrictas normas técnicas, suele escoger con habilidad los problemas que le conviene afrontar. La importancia que les atribuye, o la urgencia que les concede, no admiten más criterio que la docilidad con la cual los problemas se someten a las exigencias del método celosamente elaborado. (T, I: 17)

La idea de este ensayo expone que la forma en cómo se ha ido construyendo la filosofía no encuentra validez más que en sí misma, el inconveniente es que se ostenta como ciencia terminada, que solo necesita valerse de sus propias creaciones conceptuales y metodológicas para seguir abordando los problemas que se le presentan. Con esta reflexión Gómez Dávila primero pone en tela de juicio esa idea de la filosofía como disciplina, la cual puede ser entendida como aquella que se dedica simplemente a repasar problemas filosóficos abstractos, y que se elogia a sí misma por los resultados obtenidos, y segundo hace una revaloración de aquellos que se embarcan en la tarea de aprehender lo que el mundo ofrece, pues “quienes hacen de la búsqueda del conocimiento su labor profesional se encuentran en una posición distinta a la que ocupa quien se mueve porque desea conocer” (Mejía, 2021, p. 64), ya que aquellos que se

dedican a la búsqueda del conocimiento solo profesionalmente no logran enaltecer su alma de la misma manera de quienes solo desean enriquecerse.

Ahora, podría pensarse que eso que dice Gómez Dávila sobre la filosofía se relaciona con ese proceso de ‘normalización de la filosofía’ propuesto por Francisco Romero⁶ a mitad del s. XX en Latinoamérica, proceso que buscaba que la filosofía se convirtiera en “una función ordinaria de la cultura [...] en la que todos los actores de la sociedad pudieran participar” (Ulloa, 2020, p. 84), era un movimiento que deseaba poner en manos de la gente común libros e ideas filosóficas que le permitieran reflexionar sobre su entorno y hacer de la filosofía una práctica reflexiva, pero el resultado de toda la discusión sobre cuál era el fin de esta normalización fue que “la filosofía quedaría reducida al tipo profesional de un saber estrictamente tecnificado” (López, 2021, p. 80), pues de alguna manera se llevó al extremo buscando refinar esa práctica y con esto se fueron dibujando ciertos límites para poder identificar y dar respuesta a de qué se habla cuando se habla de filosofía.

Aunque Gómez Dávila luche contra esa tecnificación de la filosofía, no está negando el papel de ésta, sino que entiende que “el aparato conceptual de una filosofía es necesario, pero no esencial” (N: 326), por así decirlo, es más bien argumento del pensamiento. La crítica gomezdaviliana va direccionada no en su totalidad al uso de los métodos y los conceptos filosóficos, sino al lugar que se le están dando en la reflexión filosófica, buscando resignificar aquellos elementos que han sido relegados a la obiedad, por ejemplo, la realidad y la cotidianidad.

⁶ Francisco Romero es una figura central en la historia de la filosofía en América Latina. Nació en Sevilla, España, en 1891, y se trasladó a Argentina en 1904, donde desarrolló toda su carrera intelectual hasta su fallecimiento en Buenos Aires en 1962. Su mayor trabajo es el concepto de la Normalización filosófica es un término que alude al proceso de profesionalización y difusión de los estudios filosóficos como disciplina autónoma en América Latina, particularmente a partir de la primera mitad del siglo XX.

Es entonces que la construcción del pensamiento filosófico para Gómez Dávila recae “[...] en la tendencia del espíritu hacia el concepto con su tendencia hacia la realidad concreta” (N: 78), porque la tarea de aquel que filosofa es mantener ligados estos dos aspectos, puesto que al dejarse llevar por las aspiraciones conceptuales puede caer en un espiral de abstracciones que lo alejan de la realidad, por ende una buena filosofía es aquella que es capaz de “[...] fundir el concepto filosófico con la vida propia” (Román, 2018, p. 247), es a partir de esto que para Gómez Dávila el trabajo de la filosofía y la vida es entrelazarse para superar esa tarea de vivir por vivir, y buscar vivir inteligentemente. Este podría considerarse un simple deseo para el propio Gómez Dávila, pero él representa ese estilo de vida en sus notas y escolios más lúcidos y además en su vida misma.

El problema de la filosofía y de la realidad se puede entrever luego del comentario sobre la relación de la filosofía con el método y su subordinación a él. Gómez Dávila ofrece en *Textos I* (2002) una idea en función de cuál debería volver a ser el punto de partida de la filosofía “para salvaguardarse de sus peligrosos triunfos, conviene que la filosofía acometa la meditación de lugares comunes. Este es el precio de su sanidad, y de la nuestra” (p. 18), es decir, la filosofía no debe conformarse consigo misma, sino que debe de regresar a ese sentimiento de asombro, asombro por los ‘lugares comunes’ lo más cercano al sujeto que filosofa. Porque este sujeto no observa los problemas, que aborda, en las elevaciones abstractas “[...] sino de la visión privilegiada de algo concreto” (NETI, I: 43), puesto que las experiencias de la vida cotidiana son las que ofrecen valor a las ideas con las que el hombre busca darse un lugar en el mundo.

Este interés gomezdaviliano por lo concreto se da en contra de la idea de que el mundo y su forma de avanzar se encamine siguiendo a aquel que ostente tener la verdad o el sentido absoluto de la vida, así fue con la religión, la filosofía también tuvo su momento, y entonces

llegó el minuto de la ciencia, la cual con “la comprensión científica del mundo domina lo que se considera real” (Mejía, 2021, p. 286), con esta comprensión lo real es aquello que se puede evidenciar por medio de reglas que permiten tener conciencia de ello, algo así hizo Descartes al escribir el *Discurso del Método* (1637) en el que para él la vida o la existencia tienen sentido por medio del pensamiento, el cual es guiado por ciertas normas que permiten alcanzar esa conclusión. Gómez Dávila está en contra de esa dominación científica de la realidad porque “la verdad no es, allende las cosas, el esquema de éstas o su forma intelectual: verdad es el nombre de la realidad que percibimos en su plenitud de realidad” (N: 72).

Entonces podría pensarse que la verdad no es ni revelada, ni algo que se descubre por medio de metodologías, y “[...] no es juicio, sino adhesión a una evidencia concreta” (ETI I: 65) es decir, la realidad en su estado más natural la cual es percibida por ese sujeto que hace parte de ella, por eso “el filósofo original medita sobre sus realidades, el epígono sobre sus conceptos” (N: 309). Ese sujeto que se dedica a meditar sobre lo que ha sido abstraído, probablemente, se niega o es incapaz de visualizar lo real, embarcando así su pensamiento en una de las múltiples direcciones de lo concreto. Si esto es así, cabría meditar por qué este sujeto se estanca con el concepto, si “los conceptos filosóficos no son producto de una inteligencia al fin adulta, sino cadáveres de antiguos mitos” (ETI, II: 96).

Puede considerarse que aquel que sumerge su vida en abstracciones o conceptos lo haga por la forma en que lleva su vida, guiándose por las ideas de otros, no haciéndose con una vida propia, pues si la filosofía es una manera de vivir y de adherirse a la realidad, entonces por qué caer en la desgracia de no llevar una vida con lucidez, esto es para Gómez Dávila un problema en el que ha caído el quehacer de la filosofía, pues “el falso progreso filosófico es el desarrollo de la doctrina por los discípulos; [...] el verdadero progreso es la traición del discípulo, la

injusticia crítica, el odio doctrinario” (N: 56). Tal vez esa idea del falso progreso filosófico es la que ha dormido el espíritu de los hombres, porque se dedican a pensar sobre lo que otro ha dicho por ellos y conformándose con ello no logran concebir su propia existencia, o no es totalmente ese falso progreso de la filosofía lo que ponga en estado de vigilia el espíritu, sino el papel de la ciencia en la vida.

Según Gómez Dávila “la ciencia puede sofocar las almas bajo la abundancia de comodidades corporales y dominar con su inverosímil poder” (N: 122), con el avance de la ciencia y la dominación de esta sobre la realidad la filosofía como forma de vida no es totalmente posible. Siendo este un potencial llamado que hace Gómez Dávila sobre la realidad que se está construyendo a partir de la satisfacción del cuerpo por medio de un materialismo exacerbado. Es ahí donde a “[...] toda bajeza se une toda facilidad y a la impotencia para lo noble una incomparable capacidad de lo mediocre” (N: 122), el ser humano se relaja frente a lo visible, se siente conocedor de aquello que le rodea, abandona toda intención de contemplar la realidad y su vida, pensar, meditar y criticar los cuales son actos nobles que se convierten en actos insoportables, generadores de desasosiego.

Esta mediocridad puede estar compuesta por el facilismo introducido por la modernidad, la realidad se ha llenado de elementos a los que se le ha dado el adjetivo de útiles para la vida, que inhiben el papel de las cosas del espíritu, es decir, de la crítica, la reflexión y de la contemplación del mundo, esto podría constituir una emergencia del espíritu, puesto que “en filosofía, en moral, en estética, en política, debemos intentar remplazar la impersonalidad de la razón por la personalidad del espíritu” (N: 311). Con esto Gómez Dávila intenta decir que si se deja todo en manos de la razón y la ciencia el avance del mundo será frívolo, y el hombre puede llegar a ser un sujeto sin conciencia o una luz que no ilumina, insipidez la cual el propio Gómez

Dávila evitaba: “no quiero ser como la luz virgen, que no se altera con lo que ilumina” (N: 315), ya que ser indiferente ante las malas ideas, ante las atrocidades que acosan a los demás no es un acto de una vida inteligente.

Con esa filosofía impersonal la emergencia del espíritu tiene, según Gómez Dávila, su origen en la importancia y el proceder de la técnica en el mundo moderno “el resorte secreto de la técnica parece ser la intención de volver insípidas las cosas. La flor sin perfume es su emblema” (NETI, II: 183). En esta intención de quitarle toda maravilla a las cosas el sentimiento de asombro, el cual podría considerarse la primera instancia del quehacer filosófico, queda imposibilitado y excluido de la vida misma, el mundo se vuelve obvio y la duda solo puede concebirse en el grado en el que afecta a las cosas útiles, en aquello que sofoca el alma. Es así como “la técnica es bien mostrenco” y por eso “la ciencia se congela en recetas y dogmas, al divorciarse de la tradición espiritual donde nace” (NETI, I: 40), pues esta tradición otorga contexto a las experiencias para que no carezcan de un valor formativo y se logre una comprensión profunda de ellas.

La técnica ha puesto en un estado de reposo la habilidad del hombre de mirar las cosas desde distintas perspectivas, limitándolo a una observación materialista del mundo, la cual consideran proliferante y cargada de nuevas ideas, de nuevos mundos, siendo esto a lo que se le llame el progreso moderno, pero para Gómez Dávila esta idea del progreso, de cambio es opresiva, porque se enfrasca solo en superar la historia bajo la luz del avance. Gómez Dávila considera que “el moderno cree vivir en un pluralismo de opiniones, cuando lo que hoy impera es una unanimidad asfixiante” (SETI: 114). Se puede entonces creer que la filosofía cayó en ese ideal de perseguir el progreso.

En un momento tan opresivo no se da un espacio para contemplar el mundo, solo cabe la noción de productividad. Los sentimientos y el pasado quedan opacados por la frívola comprensión lógico-matemática del mundo y por eso Heidegger (1985) se atreve a decir que “los sentimientos, incluso los más bellos, no pertenecen a la Filosofía. Se dice que son algo irracional; por el contrario, la Filosofía no sólo es racional, sino la verdadera administradora de la *Ratio*” (pp. 46-47) es con esta idea que la filosofía se ve alejada del mundo, y el espíritu, del que habla Gómez Dávila, es borrado para que la modernidad logre afirmarse. Con esta negación del espíritu la comprensión de la vida carece de valor significativo, es de esa manera en la que se produce la emergencia del espíritu, por eso para Gómez Dávila: “si no heredamos una tradición espiritual que la interprete, la experiencia de la vida nada enseña” (ETI, II: 181), por eso la filosofía no solo debería verse como un campo intelectual, sino como un ámbito íntimamente ligado al espíritu humano y a la tradición.

Cuando no hay tradición espiritual que permita la interpretación de la vida, tampoco hay posibilidad de extrañamiento porque “el hombre moderno se encarceló en su autonomía, sordo al misterioso rumor de oleaje que golpea contra nuestra soledad” (ETI, II: 110), al encuartelarse en su autonomía el hombre no es capaz de concebir que haya cosas extrañas en su entorno y no permite que ese otro extraño le ayude a construir un espíritu moderno, pues los elementos que están a su alrededor están impregnados de sentido, un sentido utilitarista, es decir, solo hay cabida para el presente. Para Gómez Dávila el devenir de la realidad moderna no debería escapar a esa tradición, ni tratar de vislumbrar los problemas de ésta, sino que debería de unirse a ella para construirse adecuadamente, y para ello la filosofía no tendría que caer en la misma línea de juego de la modernidad, pues “filosofar no es resolver problemas sino vivirlos a un determinado nivel” (ETI, II: 339), en otras palabras, filosofar es aprender a vivir.

Filosofía, escepticismo y fe

Esta manera de filosofar rescata un elemento muy importante para superar la tecnificación del espíritu y es la necesidad de algunos de pensar o ser escéptico, y esto sucede con Gómez Dávila el cual en palabras de Volpi (2003) “[...] parece inclinado al escepticismo. Pero no a un escepticismo de principio sino tal vez estratégico, metódico, dirigido a someter a la prueba de la duda, certezas solo pre-supuestas, tomadas de otros, de segunda mano” (p. 30). Esta forma de pensar el escepticismo gomezdaviliano puede sonar un tanto al escepticismo cartesiano, pero el de Gómez Dávila tal vez no sea tan metódico o tan radical como el de Descartes, sino que aquel busca que “transformemos en interrogaciones la mayoría de nuestros asertos” (ETI, II: 359), es necesario para que el hombre no se llene de una confianza que nuble su pensamiento.

Ahora con esa modernidad que ha sofocado el alma de los hombres y ha divinizado el progreso como “dios” a seguir, es necesario poner en duda aquello que es considerado como fundamento de la existencia. Para Gómez Dávila este vivir los problemas en determinado nivel, es vivir entre dos elementos que se encuentran en tensión, el escepticismo y la fe, pues entre estos dos “[...] no hay conflicto sino pacto contra la impostura” (NETI, II: 81), se unen para controvertir esas verdades que se aceptan sin más, pero al mismo tiempo para ofrecer una base sólida al sujeto que duda. En el caso de Gómez Dávila esa base sólida se compone de lo único de lo que no ha dudado y es “[...] la existencia de Dios” (N: 174).

La forma en que Gómez Dávila ve la paradójica relación entre fe y escepticismo constituye una lucha contra cualquier dogmatismo, una lucha que le da lugar a la interrogación y se convierte en un ejercicio cotidiano para él, porque “solo el escepticismo estorba la incesante entronización de ídolos” (NETI, I: 72). Esta actitud escéptica en Gómez Dávila de poner su pensamiento y su fe en tela de juicio no es simplemente para que no se le considere como un

escueto fanático, sino para no aceptar pasivamente lo que otros piensan y creen según sus juicios. Con todo esto Gómez Dávila permite pensar cómo el escepticismo enriquece la vida espiritual y filosófica ante esto, en muchas de las notas y escolios resalta la forma en la que esa actitud escéptica puede resguardar su fe, por ejemplo, de especulaciones con las que se puede ridiculizar⁷, también de creer sin una base escéptica⁸ y al mismo tiempo la puede limpiar de convicciones⁹.

Con estas formas en las que el escepticismo y la fe coexisten es menester que la filosofía logre integrarse a ellas para que no se presente el dilema que afrontó Gómez Dávila: “he visto la filosofía desvanecerse entre mi escepticismo y mi fe” (SETI: 111) el papel de la filosofía se extravía cuando ni ella misma pone en duda los conocimientos obtenidos, cuando se dedica a seguir las reglas de la ciencia, y a ofrecer soluciones que ocultan más problemas, por eso Gómez Dávila considera que “toda filosofía autentica se construye contra el escepticismo y por medio de él” (N: 421) pues así la filosofía no cae en una actitud escéptica de dudar de todo, ni en el dogmatismo al que el escepticismo puede llevar, ya que eso acarrea una imposibilidad para tomar postura en la vida, pues todos los valores y creencias pueden caer en un bucle en el que sean considerados igual de válidas o inválidas.

Es así como para Gómez Dávila el escepticismo se vive y logra expresarlo de tal manera: “mi escepticismo no es un rechazo de todo principio, de toda norma, sino la imposibilidad de recibir regla, norma o principio, de otras manos, y la necesidad de crearlos lentamente dentro de inmediato vivir” (N: 108), el escepticismo entonces es constructivo porque ofrece una forma para

⁷ “El escepticismo salva la fe de las especulaciones con que se ridiculiza” (NETI, II: 42).

⁸ “La fe que no se funda sobre el escepticismo acaba creyendo en la existencia de una razón libre de postulados ante la cual se humilla” (NETI, I: 199).

⁹ “El escepticismo no mutila la fe, la poda” (NETI, I: 71).

llevar una vida acompañada de cierta coherencia, en la que las actitudes tomadas tengan relación con las acciones, donde la vida no se guie por las pautas que para otros pueden ser adecuadas, sino lograr construirlas en el proceso de enfrentarse a la realidad, por ende, la fe en Gómez Dávila se convierte en una actividad filosófica, puesto que se construye a partir del escepticismo, porque “¿Qué es la filosofía para el católico sino la manera como la inteligencia vive su fe?” (ETI, I: 239). Siendo así, la afirmación de Volpi (2003) de que el escepticismo de Gómez Dávila es estratégico y metódico posee bastante sentido, pues con él logra construir una base teórica y espiritual con la cual hacerse con una vida lúcida.

Este escepticismo constructivo puede tener su razón de ser a partir de la forma en la que otros han interpretado el mundo, es decir, tal vez la manera en que Gómez Dávila considera que debe enfrentarse al mundo corresponda a ciertas diferencias con los modos en que se ha pensado la realidad, reflejando una relación intrínseca con el pensamiento de Kierkegaard (2006):

Lo que dicen los filósofos acerca de la realidad es a menudo tan decepcionante como cuando uno lee en casa de un mercader un letrado que dice: aquí se plancha. Si uno se dirige allí con su ropa para que se la planchen, se sentirá estafado, pues el letrado está simplemente en venta. (p. 57)

El trabajo arduo de lectura que caracterizó a Gómez Dávila le llevó a enfrentarse a una gran dificultad, a saber, aceptar las interpretaciones de la realidad que algunos filósofos ofrecían, por ejemplo las ideas del racionalismo porque consideraban que la razón era capaz de acceder a la realidad con certeza y claridad, pero para Gómez Dávila la razón no logra abordar la totalidad de lo que es real, y el racionalismo solo aleja al ser humano de Dios, es por eso que “Aunque no tenga cauces, la razón tiene límites” (ETI, I: 200). También fue crítico con el nihilismo, porque pensaba que el hombre está arrojado al mundo, que su existencia no tiene sentido y la tarea es

crear su propio sentido, Gómez Dávila entiende lo absurdo de la existencia, pero su tarea no es crear sentido, sino acercarse a la trascendencia, por eso se atreve a decir que “el hombre morirá si Dios ha muerto” (T, I: 53). Lo que ciertos filósofos ofrecen son realidades extrañas, mundos que se elevan hasta ser irreconocibles y a partir de estas condiciones se vuelve difícil enfrentar a la realidad con esas interpretaciones, reglas o normas porque no concuerdan con la realidad expresada. Frente a esta ironía a la que se enfrentan Kierkegaard y Gómez Dávila solo les queda afrontar el mundo por sí mismos, uno lo hace con desesperanza y el otro lo afronta con escepticismo y fe.

La realidad para Gómez Dávila es una totalidad que el ser humano no es capaz de concebir. Ni el pensamiento humano, ni la materia le permiten a este acercarse adecuadamente a ese universo de totalidad, ya que este individuo se dedica a concebirla compuesta por dualidades, como por ejemplo la de sujeto-objeto, razón-emoción, cuerpo-mente, etcétera. Estas divisiones de la realidad no permiten que sea comprendida dado que se convierte en meros datos y “comprender, en efecto, no es acumular datos, ni ordenarlos en esquemas diversos [...]” (T, I: 97). Esa necesidad de esquematizar y dividir el mundo es la forma en la que el hombre moderno busca hacer a un lado su condición humana, puesto que “ser hombre es no lograr” y “la condición del hombre es impotencia” (T, I: 24). Ahora, para Gómez Dávila la manera más clara de acercarse a la realidad es la experiencia religiosa, debido a que considera que “el hombre aparece cuando Dios nace, en el momento en que nace, y porque Dios ha nacido” (T, I: 48), en la medida en que al experimentar la presencia de lo sagrado constituye al ser humano como individuo consciente de su finitud, de que no se crea a sí mismo, esa experiencia le recuerda a este individuo de que están ligados y de que no hay un conocimiento verdadero si no hay consciencia del otro.

Es por eso por lo que para Gómez Dávila la filosofía no es una herramienta con la cual se pueda decir qué es el mundo o con la que se pueda solucionar los problemas de la realidad, pues “la filosofía no tiene la función de transformar un mundo que se transforma solo. Sino la de juzgar ese mundo transformado” (ETI, II: 320), porque para poder juzgarlo son necesarias las experiencias del individuo, pero las experiencias que evoca Gómez Dávila de alguna manera se han ido desvaneciendo o se solapan en la cantidad exorbitante de prácticas en las que han sido sumergidos los individuos. Es entonces como las cosas del mundo moderno, es decir, la barbarie de la guerra, los problemas económicos, la desnutrición del cuerpo y la necesidad de la técnica no dan tiempo para que esas vivencias enciendan el espíritu reflexivo de los seres humanos.

De cierta forma para Gómez Dávila la filosofía y la fe pueden concebirse como una misma actividad, ya que la religión democrática¹⁰ que ha divinizado al hombre y lo ha despojado de su finitud solo permite observar en la realidad una sola idea, a saber, el hombre mismo, despojando de toda extrañeza la cotidianidad, pero con una fe fundada en el escepticismo se puede llegar a superar, como lo diría Walter Benjamín, la “pobreza de la experiencia”, y liberar a la cotidianidad de una mismidad. Con esa fe que le devuelve al individuo la capacidad de vivir lucidamente, tal vez se infunda una necesidad de enfrentar esa realidad moderna que consume la vitalidad de la humanidad, y es así como para Gómez “sólo puede ser optimista la inteligencia que ya husmea en la civilización moderna un tufillo mortecino” (ETI, II: 20), convirtiendo ese optimismo en una forma de resistencia ante la decadencia de la modernidad que bajo la apariencia de progreso esconde un panorama sombrío.

¹⁰ Según Tomás Molina (2011) la religión democrática en Gómez Dávila se puede entender como un antropoteísmo, en el que el hombre es considerado Dios. Esta idea de Gómez Dávila considera que la democracia no es simplemente un sistema político o un procedimiento electoral, sino que tiene una base teológica implícita. La democracia, según él, promueve la idea de que el hombre es completamente autónomo, poseedor de libertad absoluta y creador de valores, principios que tradicionalmente se atribuían a una divinidad.

Filosofía *pointilliste*

Al hablar de filosofía en Gómez Dávila hay que preguntarse si verdaderamente Gómez Dávila quiso ser un filósofo la respuesta a este dilema no es fácil porque académicamente no quiso serlo, pero expresó radicalmente su pensamiento y su preocupación por la existencia. Al elegir el escolio como manera de expresarse eligió también una forma de vida intelectualmente discreta. El propósito gomezdaviliano no era elaborar una teoría, sino enmarcarse en vivir lucidamente y mantener una mirada crítica sobre el mundo. Gómez Dávila no buscaba ser filósofo académico, sino que consideraba que la filosofía es uno de los saberes o ejercicios que cualquier pensador debe practicar, es decir convertirse en una persona con actitud filosófica, Gómez Dávila entiende que “la filosofía es tradición, profesión, oficio, institución, en fin. El pensamiento que se cree capaz de eludir las pautas del gremio repite meramente filosofemas elementales”, afirmando esencialmente que “en filosofía lo nuevo no es árbol nuevo, sino retoño en nueva primavera” (ETI, I: 172).

La concepción de Gómez Dávila sobre la filosofía al igual que los mismos fragmentos en un principio no aparentan tener una conexión, pero se puede observar una misma intención en cada una de las frases y es la de mantener la vida adherida al instante concreto, para que de alguna forma la vida se mantenga a flote frente al avance del mundo, porque “[...] cuando contemplamos nuestra esqueletada desnudez, cuando descubrimos el hombre miserable que somos y medimos la distancia entre la grandeza con que soñábamos y la escueta pobreza de nuestra humanidad” (N: 48), no hay forma de no desvanecerse, de no caer en un espiral de autodestrucción en el que “solo nos queda aceptarnos o suprimirnos” (N: 48), pero para tomar esa decisión de aceptarse o suprimirse es necesario mantener una amplia conciencia de la vida misma, es decir, llevar una vida con lucidez para salvar del naufragio la última razón de vivir, y

es a partir de esta idea vitalista con la que Gómez Dávila se separa de ese análisis teórico del mundo, tal vez porque no busca dejar una obra, sino que busca encuadrarse más en el anhelo de darle forma a su vida.

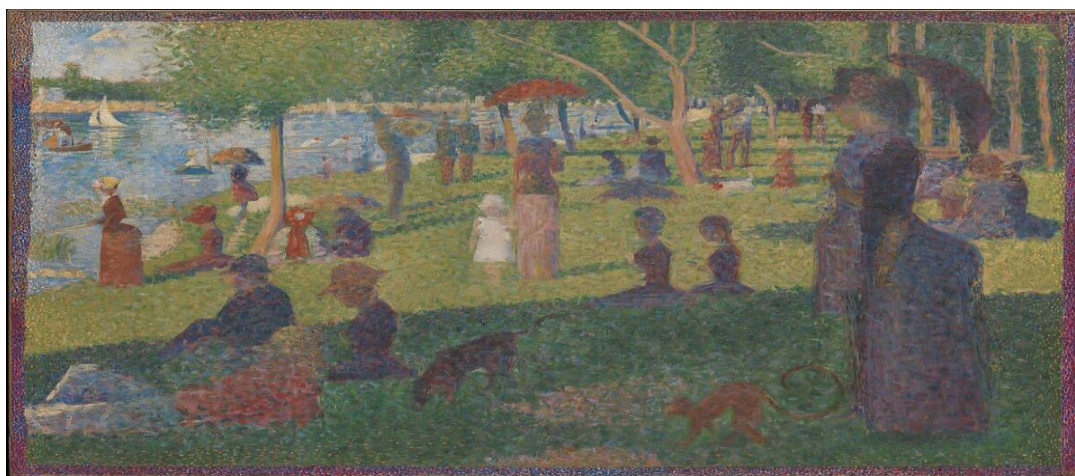
Así pues, la manera en la que Gómez Dávila logra moldear su vida e iluminarla es mediante experiencias que se articulan a un cierto tipo de proceso en el que la filosofía se vuelve el elemento importante: “la filosofía no crea la experiencia, pero la prepara, la elabora, la purifica, la ilumina y en fin la verifica” (N: 190) todo este sistema busca hacer que la vida se guie por medio de la razón unida a la realidad, para no tener que hacerse con ideas que le sean ajenas para mantenerse lúcido. Es así como los textos de Gómez Dávila se convierten en una obra de arte porque los escribe a la par que escribe su vida, por eso afirma que sus “[...] breves frases son los toques cromáticos de una composición *pointilliste*” (ETI, I: 12). Con esta declaración sobre cómo está escrita su obra muestra la manera más íntima de cómo el mismo Gómez Dávila se relaciona con su entorno mediante un proceso filosófico-práctico y de forma fragmentaria entendiendo que la vida se vive a través de pequeños instantes. De tal manera Gómez Dávila al final de *Notas* le hace una invitación y una revelación al lector de cuál es su filosofía: “filosofía *“pointilliste”*: se pide al lector que gentilmente haga la fusión de los tonos puros” (N: 457) y es que si se desea entender la obra filosófica y a la vez la vida de Gómez Dávila hay que tomarse el trabajo de juntar las ideas más claras y fuertes para desde una mirada más amplia lograr detallar todo su pensamiento.

Esta filosofía *pointilliste* evoca una técnica de la pintura en la que se busca por medio de la fusión de puntos individuales formar una imagen más grande. Este proceso técnico en el caso de la obra de Gómez Dávila se expresa por medio de fragmentos que no se presentan como un tratado en el que los argumentos permitan llegar a una conclusión, sino que más bien hace una

invitación al lector a combinar ideas dispersas para lograr una comprensión coherente de los fragmentos y a la vez de la vida.

Figura 2

Un dimanche après-midi à l'Île de la Grande Jatte



Nota. (Georges Seurat, 1886).¹¹

Este intento de fusionar los tonos puros el cual permite integrar ideas que en un principio no parecen compartir un mismo significado, tal vez pueda ser considerado como una contradicción, pero para Gómez Dávila “[...] la filosofía, precisamente, es el arte de contradecirse mutuamente sin anularse” (ETI, I: 299), es decir, esas ideas aparentemente dispersas se encuentran es en un diálogo que no buscan alcanzar una síntesis definitiva, sino que sean exploradas mediante un proceso dinámico o vitalista, como ya se había expresado anteriormente: vivir los problemas en un determinado nivel.

Ahora, esta filosofía recalca un interés por lo fragmentario porque para Gómez Dávila “la momentánea belleza del instante es lo único que concuerda en el universo con el afán de nuestras

¹¹ *Un dimanche après-midi à l'Île de la Grande Jatte* es la obra maestra de Georges Seurat y un hito fundacional del arte *pointilliste*. Pintada entre 1884 y 1886, representa una escena de ocio en las orillas del Sena, donde personajes urbanos —burgueses, soldados, niñeras y animales— se disponen con serenidad bajo la luz del domingo. Más allá de su aparente calma, la pintura introduce una revolución técnica: Seurat utiliza pequeños puntos de color puro aplicados uno junto al otro, confiando en que el ojo del espectador mezcle los tonos a la distancia adecuada.

almas” (ETI, I: 35) pues en esa búsqueda de sentido se olvida que las experiencias pequeñas son las más significativas, porque en un mundo moderno en búsqueda de la totalización lo otro queda relegado a la obiedad, y se olvida que el instante es lo que más resuena en los pensamientos y logra constituir una relación armoniosa entre los anhelos internos y la realidad cotidiana.

Entonces esta filosofía *pointilliste* resalta una estética de lo cotidiano ya que aquello que puede parecer insignificante también de alguna manera puede ser la causa para superar esa insuficiencia de lo permanente, provocando una crítica a ese buscar algo fijo que en últimas inhibe la tensión del espíritu con lo concreto y el concepto. Es por eso que “la obra fragmentaria conquista su poesía al obligarnos a contemplar sus curvas mutiladas” (ETI, I: 58) porque aquello que puede ser considerado como un defecto es más un elemento constitutivo de la vida del que escribe y del que lee, entendiendo que Gómez Dávila cumple los dos papeles, pues el autor busca estimular la interpretación y la imaginación para que este contemplar las curvas mutiladas resalte el rol importante del lector, ya que es el que debe realizar el trabajo necesario para comprender tanto la totalidad como los detalles.

La obra fragmentaria¹² resalta la particularidad individual de los sujetos, los pone a prueba consigo mismos para que estos sean capaces de darle un sentido, no definitivo, a su existencia antes que ofrecer una forma de entender el mundo, pues para Gómez Dávila “al inventarle un sentido global al mundo despojamos de sentido hasta los fragmentos que lo tienen” (NETI, II: 93), ya que al intentar dar un sentido global se puede caer en el error de ignorar los significados particulares de los que se compone la realidad, creando un conflicto entre la búsqueda de un sentido universal y la apreciación del instante, siendo este el dilema que expuso

¹² “El fragmento es el medio de expresión del que aprendió que el hombre vive entre fragmentos” (*Nuevos II*, 87).

Kierkegaard al decir que las interpretaciones de la realidad eran decepcionantes porque en el tratar de dar un sentido único al mundo terminan vaciando de significado a lo que ya tiene un sentido, cayendo en la automatización de la modernidad en la que se construyen sistemas cerrados y convierten la vida en un sistema cerrado.

Entonces lo fragmentario en la filosofía *pointilliste* de Gómez Dávila se convierte en una herramienta para luchar contra esa totalización de la modernidad, puesto que “el filósofo se propone desbaratar los sistemas que obstruyen nuestra visión, aun cuando tenga que construir un sistema para lograrlo” (ETI, I: 27), al fragmentar el pensamiento y presentar la verdad como dispersa y compleja, pone en tela de juicio esa narrativa de un progreso lineal y sistemático como fin último de la humanidad, mediante ideas que incitan a un retornar a la vida espiritual para hacer frente a esa pobreza de la experiencia y de significados. Es por eso por lo que la filosofía *pointilliste* de Gómez Dávila es una forma de vida, porque tiene como objeto de reflexión la realidad cotidiana, y la forma de vivir filosóficamente se da por medio del escepticismo, aun necesitando de la fe para que ese escepticismo sea contrastado y no redunde en un fanático dogmatismo. Por último, la tradición espiritual se convierte en una fuerza viva que estructura el conocimiento, el aprendizaje y la práctica.

Segundo Capítulo: La reacción como hilo conductor para la composición de una obra *pointilliste*

La filosofía de Gómez Dávila como obra de arte *pointilliste* pide a sus lectores unir los tonos más puros para lograr construir una composición que no tenga la estructura de un sistema de pensamiento cerrado, sino que sea una nueva forma del pensamiento, es decir, una composición que dé cuenta de los problemas modernos del mismo pensamiento y de la vida a partir de la misma experiencia de vivir. Esta composición fragmentaria no solo es una acción estética, sino que también es un acto vitalista, político y social que busca reaccionar frente a ese vaciamiento en el que la modernidad, en su ideal de progreso, fue sumergiendo la vida de las personas.

Ahora, perseguir esos tonos cromáticos en la obra de Gómez Dávila trae consigo un gran dilema, pues según Juan Fernando Mejía (2017):

El lector puede advertir una recurrencia de asuntos a medida que gana familiaridad con la obra de Gómez Dávila, recurrencia que engendra, de forma casi natural, la pregunta sobre si al volver sobre esos asuntos, Gómez Dávila desarrolla una teoría. O bien, si al comparar los distintos escolios que los mencionan, encontraremos una visión completa, coherente, del asunto que nos llama la atención, o si los preciosos fragmentos que localizamos en sus páginas nos permitirán pasar del esfuerzo por componer el cuadro puntillista (1977, vol. 1, p. 11), a partir de sus toques cromáticos, a armar una especie de rompecabezas, con fragmentos entre los que encontramos resonancias, semejanzas, repeticiones o replanteamientos. (p. 92)

Es así como la búsqueda de los tonos cromáticos se convierte en una tarea complicada, puesto que es bastante complejo intentar descifrar la conexión entre los fragmentos que hablen de un determinado tema y al mismo tiempo evidenciar si la recurrencia de esos temas tiene algún

significado dentro del contexto del pensamiento gomezdaviliano. Así mismo, esta tarea trae consigo la discusión de si hay que considerar los fragmentos como un simple cúmulo de opiniones o si se logran observar como una filosofía coherente. Se podría pensar entonces que es necesaria una exploración de los fragmentos para observar cómo dialogan entre sí, cómo pueden generar contradicción o nuevas perspectivas que permitan evaluar si esta interacción consigue interpretarse como el método con el cual Gómez Dávila intenta estimular al lector a unir esos tonos puros para componer un cuadro *pointilliste*.

A todo este problema el mismo Juan Fernando Mejía (2017) ofrece al lector de los escolios un alivio, pues los fragmentos en la obra de Gómez Dávila no son elementos aislados, sino que se justan de una manera lógica en un conjunto mayor, por eso podría considerarse que para abordar un tema particular se debe reflexionar sobre conexiones que permiten la composición y descomposición de un sistema. Con esto el dilema anterior sobre si los fragmentos tienen alguna conexión que permita determinar algún tipo de teoría o sistema queda diluido cuando se considera que los fragmentos no están subordinados, ni dependen de un sistema lógico cerrado, sino que dialogan entre sí desde unas conexiones más libres, entre resonancias y contrastes, reflejando una idea del mundo donde la verdad no se presenta como una relación jerárquica, sino como algo disperso y múltiple cuestionando la creencia de que el pensamiento debe tener como fin último una unidad perfecta y coherente.

Entonces la visión fragmentaria de Gómez Dávila se convierte en una crítica al sistema como el esquema tradicional de la filosofía o de la modernidad, pero esta es una actitud que tuvo que superar cierta tentación: “la ambición de sistematizar mis ideas me seduce intermitentemente” una tentación que fue superada puesto que “[...] la evidente arbitrariedad de toda voluntad sistemática me impide sucumbir a una tentación en que no hallo sino la violación

de la frágil verdad que he percibido” (N: 107), porque para Gómez Dávila los sistemas como construcciones humanas se encuentran limitados en su capacidad para captar la verdad, pues la realidad no se deja reducir a un conjunto de principios o leyes que puedan explicarla en su totalidad, ya que en el deseo de sistematizar y explicar todo simplifican la realidad e ignoran su riqueza y sus matices. Con esto en mente Gómez Dávila rechaza esas estructuras rígidas ya sean de pensamiento o políticas como por ejemplo la democracia: “la democracia es el sistema para el cual lo justo y lo injusto, lo racional y lo absoluto, lo humano y lo bestial, se determinan no por la naturaleza de las cosas, sino por un proceso electoral” (N: 416).

Gómez Dávila entonces no busca imponer una postura a sus lectores, ni desea ofrecer un método a seguir, pero al menos aspira a que el papel de sus lectores en ese proceso de composición y descomposición de la filosofía pointilliste sea la de adoptar una actitud activa y crítica, por eso considera que “es menester escribir para el lector más difícil y más áspero” (N: 46) pues la verdad es una experiencia íntima que no puede ser universalizada. Es así como en esa intimidad con la verdad la actividad que le queda al lector que se convertirá en autor de una composición *pointilliste* es buscar esos tonos cromáticos en los cuales logra percibirse a sí mismo, siguiendo la idea de que “la lectura permite reconocernos en el otro [...]” (Goenaga, 2018, p. 90).

Si en la lectura el ser humano no solo se encuentra con el otro, sino también consigo mismo, porque en aquello que entiende al leer tal vez refleje el tipo de actitud que ha construido para enfrentarse a la vida, al igual en la filosofía se expresa no solo ideas, sino también el tipo de sujeto que se está construyendo. Ya la sentencia hecha por Fichte en su *Primera introducción a la Doctrina de la Ciencia* (1987) refleja actitud del sujeto que intenta vivir con lucidez: “el tipo de filosofía que uno escoge depende, pues, de la clase de persona que es” (pp. 62-63). Como

ejemplo se puede tener a Spinoza, tal y como comenta Russell en su *Historia de la filosofía Occidental* (1946) “es siempre sincero, nunca destemplado o crítico, invariablemente encaminado a decir al lector, con toda la sencillez posible. Piénsese lo que se quiera de él como filósofo teórico, pero es imposible no amarlo como hombre” (p. 303), con esto se puede afirmar que el pensamiento de Gómez Dávila se construye alrededor de su forma de ser, por así decirlo, se construye alrededor de su actividad lectora y de la crítica de su presente, ya que muchas de las ideas filosóficas se adoptan por la forma en que se percibe la vida y el mundo, también se ven influenciadas por el carácter y las inclinaciones personales de cada individuo.

Para esa crítica del presente Gómez Dávila toma una postura reaccionaria y se cataloga a sí mismo como *El reaccionario auténtico* (2013) pues este “[...] no es el soñador nostálgico de pasados abolidos, sino el cazador de sombras sagradas sobre las colinas eternas” (p. 19). Este reaccionario no vive añorando un pasado el cual pueda restaurar, sino que es alguien buscando las huellas de lo eterno, pues su mirada está puesta en eso eterno, en aquello que no se desvanece con el paso del tiempo, pero esa búsqueda de lo sagrado lo hace de manera activa, con un espíritu alerta frente al caos moderno, sin embargo esta es una actitud que molesta a los progresistas por las objeciones que hace al mundo moderno y al progreso.

El ser reaccionario ha sido definido en un principio como “[...] aquel que está en contra de la Revolución francesa” (Goenaga, 2017, p. 75), lo que representa un rechazo a un antropoteísmo, porque el hombre se erige como dios a sí mismo, y lo que se busca es reivindicar el puesto de Dios y recordarle al hombre sus límites como criatura, porque “contra la soberbia gnóstica solo inmunizan el escepticismo y la fe, el que no cree en Dios puede tener la decencia de no creer en sí mismo” (NETI, I: 205). La reacción busca oponerle una autoridad divina al proceso de modernización en el que se pretendía un progreso técnico, político y social que

impulsara la democratización de la sociedad y una autonomía individual. Este rechazo tiene como objetivo una valoración de la tradición clásica (pagana) y religiosa (cristiana) en el cual se enfaticen unos valores concretos y espirituales. Para Gómez Dávila “el reaccionario no aspira a que se retroceda, sino a que se cambie de rumbo. El pasado que admira no es meta sino ejemplificación de sus sueños” (SETI, 181).

Ser reaccionario no es limitarse a una negación, ni aspirar a un conservadurismo, ni simplemente replicar las ideas de épocas pasadas, sino que se desea promover un escepticismo frente a la narrativa totalizante del progreso y se espera despertar el espíritu de los hombres del letargo producido por el vaciamiento en el que las esferas de significación como el arte, la religión, la política y la cultura han caído.

Según Torregroza (2018), la reacción es también una forma de aceptar la modernidad, a saber, el fracaso del hombre, entonces “la reacción no puede ser por ello un plan, ni un proyecto de vida, ni un programa político” (p. 282). Aunque en un principio se piense que “el pensamiento reaccionario es impotente y lúcido” (ETI, I: 398), impotente porque simplemente puede a atestiguar la decadencia de la humanidad y solo le quede observar y comprender la historia con dolorosa claridad, en una segunda instancia y con ironía Gómez Dávila en el fondo también concibe el pensamiento reaccionario como una respuesta reflexiva y argumentada frente a las transformaciones sociales, políticas y culturales de la modernidad, que permiten ver esta actitud “[...]como experiencia vital” (Rodríguez, 2009, p. 177), más allá de un simple programa político, es una forma de actuar frente a la vida y el conocimiento, es decir, contemplar el mundo con hondura y asombro, por ello Gómez Dávila (2013) concibe que:

Ser reaccionario no es abrazar determinadas causas, ni abogar por determinados fines, sino someter nuestra voluntad a la necesidad que no constriñe, rendir nuestra libertad a la

exigencia que no compele; es encontrar las evidencias que nos guían adormecidas a la orilla de estanques milenarios. (19)

Ser un reaccionario en estos términos es ser un romántico¹³, a saber “[...] lo carente de instrucción” (Berlin, 2000, p. 37), pues en esta carencia de instrucción se retrata el rechazo a esa concepción de que la única forma de obtener conocimiento fuese mediante la educación formal, es decir, la razón como el único medio para alcanzar el conocimiento. Un reaccionario de este estilo da valor a su experiencia vital y a la espontaneidad para de alguna manera lograr retratar la vida o la propia vida: “lucidez, penetración, comprensión, sutileza, son las cualidades que hacen la gravedad, la seriedad y el significado de una vida” (N: 60), estos son los pilares que permiten llevar una existencia con sentido para Gómez Dávila, a la vez tener la capacidad para no quedarse con lo superficial de la existencia y así lograr alcanzar el fin último del vivir: la comprensión.

La actitud reaccionaria de Gómez Dávila, entonces, se ve reflejada en su obra, pues “para el pensamiento reaccionario, la verdad no es un objeto que una mano entregue a otra mano, sino conclusión de un proceso que ninguna impaciencia precipita” (T, I: 55), la paciencia en la búsqueda de la verdad es un elemento importante, ya que esta no se alcanza por medio de consensos inmediatos o con el simple seguimiento de un método. La verdad para Gómez Dávila es un proceso de reflexión profunda. Lo anterior imposibilita la idea de entregar o esperar la verdad como objeto tangible, de ahí la desconfianza en las construcciones teóricas que siguen la carrera de la modernidad para sostener la idea de progreso. Es por lo que su obra no ofrece

¹³ Para Rodríguez Cuberos (2009) “[...] tanto el reaccionario como el romántico se pueden perfilar como anomalías del sistema, son perversiones del statu quo, y lo más interesante, se manifiestan como ejercicios subjetivos, personales, sin un propósito claro de aparecerse como respuestas multitudinarias o masivas, sino como experimentos individuales, moleculares, de libertad.” (p. 178) // “El romanticismo es el balbuceo adolescente de la reacción, la reacción es dicción adulta del romanticismo” (NETI, I: 97)

métodos, ni verdades sobre la realidad y el pensamiento, sino que esta muestra un trabajo de paciencia, de lectura y reflexión en el que confronta la realidad y la tradición con su propio pensamiento. Bajo estas ideas es que Gómez Dávila pone como trabajo a sus lectores buscar los tonos puros que le permitan construir una vida con lucidez.

Ahora, para este cuadro *pointilliste* que se busca trazar los tonos que se van a proponer tienen como hilo conductor la actitud reaccionaria que Gómez Dávila le imprime a su obra, en un principio por el interés por un pasado que enseña, con el arte y la religión que le recuerdan al hombre su lugar en el mundo; en segunda instancia con la realidad cotidiana porque “Gómez Dávila encuentra en la experiencia cotidiana el crisol donde se funden estas dos tendencias del espíritu” (Román, 2018, p. 250) es decir, la tendencia del espíritu hacia el concepto y lo concreto, y por último con el escepticismo y la fe que son actividades filosóficas que mantienen el espíritu del hombre en constante tensión.

La tradición espiritual como fuerza viva que estructura el conocimiento

En toda la obra de Gómez Dávila la palabra tradición aparece sesenta y tres (63) veces, cada una utilizada en distintos contextos, como por ejemplo, fragmentos que van sobre tradición intelectual, filosófica, histórica, lingüística, religiosa y política, pero los cuales guardan una conexión, a saber, una crítica de Gómez Dávila a la idea moderna de darle un reinicio a la vida humana, debido a que “[...] con la modernidad algo en la civilización llega su cúspide y algo queda relegado al pasado, ciertos valores sobreviven y pasan a vivificar un nuevo modo de vida que apenas podemos adivinar” (Mejía, 2021, p. 207). Con la modernidad se alcanzaron ciertos logros civilizatorios, pero este proceso a la vez implica una pérdida, la preocupación gomezdaviliana expresa una advertencia de que el destino de la realidad se encuentra en una penumbra, donde lo que se aproxima no puede ser jugado por nada más que por sí mismo, este

desconocido modo de vida que expresa Gómez Dávila con su escritura se centra en la incertidumbre que se avecina y que se presenta como nuevo paradigma de la modernidad, intuyendo que todo este cambio se debe al olvido de la tradición espiritual.

La idea gomezdaviliana de tradición espiritual se encuentra en estrecha relación con la idea de enseñanza. Aparece en cuatro (4) ocasiones y aunque no es una idea reiterativa, cada fragmento recalca unos problemas para Gómez Dávila, tales como: la originalidad, la técnica y la experiencia de la vida. Gómez Dávila ve en la tradición un impulso para que el ser humano se forme a sí mismo como persona, pues “La tradición no es texto sino manera de leerlo” (NETI, I: 120). En vista de que la identidad del hombre se forma mediante la relación con la tradición, pero no apropiándose pasivamente de ella, sino por medio de un constante diálogo con el pasado, una actividad que Gómez Dávila realizaba en su labor como lector activo, actividad en la cual tal vez descubrió que “la lectura forma el alma porque es el alma lo que entregamos al leer, porque nuestro propio pensamiento se va formando al someterse a los cauces del pensamiento ajeno” (Mejía, 2021, p. 166), en otras palabras, la formación del hombre no solo dependerá de lo que reciba, sino de cómo lo interpreta y lo convierta en parte de su vida, puesto que el pensamiento no surge de la nada, sino que se va moldeando al ponerse en discusión con otras ideas.

La necesidad de una tradición espiritual se debe a la actitud que Gómez Dávila observa en los hombres: “el hombre suele recorrer su vida inclinado hacia adelante: animal torvo, pusilánime, jadeante y ávido. [...] Inmerso en la baraúnda que lo aturde, el hombre se ignora a sí mismo [...]” (T, I: 168), ya que el mundo tan agitado que mantiene llenando de estímulos la vida de los hombres impide que se detengan a mirar detenidamente su existencia, impulsándolos ciegamente hacia el futuro y sin un destino claro, impide que cuestionen sus actos y simplemente actúen sin consciencia alguna. Este problema, según Gómez Dávila, se presenta a partir de la

negación de la condición humana dado que “la condición del hombre es el fracaso” (T, I: 24) pues este no logra alcanzar sus anhelos al ser superiores a sus posibilidades.

La condición del hombre se ve enmarcada por una paradoja, el ser humano anhela de forma infinita, pero sus anhelos chocan con una realidad que no franquea, es por ello por lo que su fracaso no es accidental, sino que hace parte de su esencia, es decir, es estructura fundamental de lo humano, porque “ser hombre es no lograr” (T, I: 24), y a este no lo distingue la razón, ni la técnica, sino su conciencia de ese límite. Frente a todo esto el ser humano se ve obligado a tomar una postura “inserto en su condición, al ser humano no le queda más remedio que aceptarla o rechazarla, sin posibilidad de abstenerse” (Torregroza, 2018, p. 285). Pero tomar postura frente a esta condición es un tanto complejo, porque aceptarla implica justificar un absurdo, es decir, que el hombre se condene a sí mismo, y asumir esa miseria sin negarla y sin disfrazarla le da cierta dignidad al hombre, pero rechazarla ilusiona al ser humano porque se siente capaz de transformar esa esencia mediante el progreso y la técnica, cuando el hombre se siente dueño del mundo y de sí mismo solo busca cubrir sus heridas y sentirse una divinidad.

El inconveniente con que el hombre anhele más allá de sus posibilidades, según Gómez Dávila, no es el mismo deseo, sino que la modernidad, con expresiones democráticas como el capitalismo y el comunismo¹⁴, le ha puesto la tarea a este de que “[...] se halle, en fin, señor de su destino” (T, I: 60) siendo esto la causa del vaciamiento de las esferas de significación, porque se le prometió una autonomía total, al igual que se infundió la idea de que el hombre puede liberarse de todas sus limitaciones, lo cual le hace pensar que sus capacidades pueden superar el

¹⁴ “El capitalismo no se estima ideología burguesa, sino construcción de la razón humana; el comunismo no se declara ideología de clase, sino porque afirma que el proletariado es delegado único de la humanidad. Si el comunismo denuncia la estafa burguesa, y el capitalismo el engaño comunista, ambos son mutantes históricos del principio democrático, ambos ansían una sociedad donde el hombre se halle, en fin, señor de su destino.” (Textos I, 24)

fracaso y su naturaleza finita, resaltando la impronta de la divinización del hombre “la divinidad que la democracia atribuye al hombre no es figura de retórica, imagen poética, hipérbole inocente, en fin, sino definición teológica estricta” (T, I: 62). Esta divinización deja de verse como una simple ilusión y se transforma en condición de posibilidad de concebir al ser humano con las características atribuidas a Dios.

El hombre como señor de su destino, como divinidad, vacía todo aquello que estremece el alma, esto es, según Gómez Dávila, aquello que no necesita ser justificado como Dios o el arte. En la tradición espiritual el arte juega un papel muy importante, primeramente, como “[...] semilla del pensamiento reaccionario [...]” (Mejía, 2018, p. 272), y segundo como “[...] manifiesto de los límites, promulgación de una reverencia ante lo infranqueable, constitución del sometimiento en el que el hombre reconoce su condición” (Abad, 2017, p. 31).

El arte de alguna manera le recuerda al ser humano su finitud, la condición de fracaso con la que carga y su posición frente a la divinidad, así lo expresa Gómez Dávila “El arte es la herramienta que nos posesiona del mundo sin convertirlo en cadáver” (ETI, II: 318), por el hecho de que esta herramienta le enseña al hombre a sentir el mundo, en vez de reducirlo a un objeto frívolo y desapasionado, a la vez que advierte del riesgo que corre la realidad en el proceso de comprenderla a través de la ciencia y la técnica. Así es como el arte es una herramienta de la tradición espiritual hereda y que permite interpretar la experiencia de la vida (ETI, II: 181).

Ahora, si se concibe que el arte es “[...] el ejercicio que permite producir belleza es la reproducción formal que posibilita esa admiración y emoción que nos deja perplejos ante la belleza” (Giraldo, 2015, p. 131), es decir, si el arte permite que la belleza sea accesible para lograr generar emoción, admiración y amplificando esa belleza para quienes observan la obra de arte, entonces, ¿qué belleza se puede captar en el mundo moderno? Para Gómez Dávila ninguna,

este solo observa un mundo insípido y feo: “la fealdad del mundo moderno ha necesitado una labor titánica” (NETI, II: 130). Esta fealdad no es natural, sino que se debe a que aquello que era objeto de admiración humana ahora es objeto de la industria “la evolución de las obras de arte en objetos de arte y de los objetos de arte en bienes de inversión o en artículos de consumo es fenómeno moderno” (NETI, II: 143), esta transformación es una acción deliberada en la cual no importa causar la degradación de los valores, de lo bello, lo noble y lo trascendente.

Gómez Dávila observa complicidad del hombre en la mediocridad, en el vaciamiento del mundo y el arte moderno, puesto que le ha permitido a este arte industrial ocupar un lugar muy importante en la humanidad “tan grande es el prestigio del arte contemporáneo ante el público que su calidad no le importa” (NETI, II: 180). La calidad del arte no se mide ya por la belleza que se logra plasmar, sino por la validación de técnicas modernas o por su valor económico, esto limita la apreciación de las personas a obras que hagan parte solo de la moda del momento, es así como para Gómez Dávila el arte va perdiendo sus características más importantes y se deja atrás la idea de que “El arte es el supremo placer sensual” (ETI, II: 298), un mundo movido por el consumo de “lo que se debe admirar” y que no se aprecia con genuino interés no permite la excitación y no es necesaria la calidad del arte o de cualquier otra expresión estética, constituyendo así la muerte del arte¹⁵.

Para una revalorización del arte y la superación de estos dilemas, Gómez Dávila, sumido en un interés por lo clásico, observa en lo estético y en la obra de arte la semilla de la actitud reaccionaria “el arte es el más peligroso fermento reaccionario en una sociedad democrática,

¹⁵Desde la perspectiva de Giraldo (2015) la muerte del arte para Gómez Dávila se debe a que “[...] se vincula a la instrumentalización por parte de la razón moderna de aquello que no lo era” (p. 138) // Para Vattimo (1987) “[...] la muerte del arte significa dos cosas: en un sentido fuerte y utópico, el fin del arte como hecho específico y separado del resto de la experiencia en una existencia rescatada y reintegrada; en un sentido débil o real, la estetización como extensión del dominio de los medios de comunicación de masas.” (p. 53)

industrial y progresista” (ETI, II: 180), debido a que el arte puede plantarse frente a las imposiciones de una sociedad progresista y democrática, sociedades en las cuales el arte tiene “[...] una función pedagógica homogeneizadora, en la que el potencial de la experiencia estética se desperdicia o simplemente se orienta hacia la desnaturalización de las obras” (Mejía, 2018, p. 274). Al sumarle esa función al arte esta actividad pierde toda su autonomía y lo transforma en un instrumento que se encarga de transmitir más una ideología que la belleza, pero el mismo arte como germen de una actitud reaccionaria se puede oponer a esta uniformidad mediante la representación de lo infranqueable, inexplicable y de lo bello.

El arte como herramienta y parte de la tradición espiritual debe, según Gómez Dávila, tener como objetivo “[...] conducir nuevamente las nociones de bien y de belleza al sitio donde el griego las vio coincidir” (NETI, II: 65). Este fragmento resalta el interés gomezdaviliano de restaurar una tradición u orden perdido, porque lo bello ha sido separado de lo bueno, debe de rescatarse esa unidad para lograr afrontar el declive moderno. Con este deseo de restauración se espera seguir el ideal del reaccionario el cual “[...] no es una sociedad paradisíaca. Es una sociedad semejante a la sociedad que existió en los trechos pacíficos de la vieja sociedad europea, de la Alta Europa, antes de la catástrofe demográfica, industrial y democrática” (SETI: 152). Sin embargo, aunque este fragmento representa una nostalgia por sociedades y jerarquías pasadas, el anhelo gomezdaviliano está centrado en orden jerárquico más trascendente, es decir, valora más una sociedad organizada por el poder de Dios el cual mantenía el orden, puesto que sería el ideal reaccionario que intenta expresar Gómez Dávila en su fuerte crítica a la modernidad, devolverle a Dios su imagen como lo bueno, lo bello y a la vez su poder sobre el mundo.

Este deseo de devolverle a Dios su lugar en el mundo se debe a que “el reaccionario es un pensador eminentemente religioso y de tendencia platónica” (Molina, 2011, p. 3), pues para el reaccionario “la religión [...] hace parte de su cotidianidad y le da propósito a su labor” (Pulido, 2020, p. 14), además le permite considerar que el mundo está organizado bajo principios divinos y valores eternos, es decir, este pensador se somete a la leyes divinas, las leyes de la naturaleza y no a las construcciones humanas, defendiendo un orden eterno o un mundo de Ideas inmutables, y tal vez sea que a partir de esta caracterización, para Gómez Dávila “en todo reaccionario Platón resucita” (ETI, I: 178), porque además de defender esos valores eternos también desconfía de la democracia.

Con este desprecio por la democracia por su intención de divinizar al hombre y despojar a Dios de su lugar, Gómez Dávila con su actitud reaccionaria ve en la obra de arte una manera de luchar contra esa herejía moderna. Por eso se atreve a decir que el arte es acatamiento del ser (ETI, I: 232), porque el arte no fabrica la realidad, sino plasma lo que ya existe, así que el arte como transgresor de la modernidad reafirma verdades fundamentales para la existencia, como la finitud del hombre, la condición humana y la necesidad de lo trascendente. Se hace menester recordar estas verdades porque la modernidad con los principios de originalidad e invención han relegado al olvido la realidad misma, considerando a los hombres el eje de todas las cosas. De aquí la crítica a las tendencias artísticas modernas como el arte abstracto el cual para Gómez Dávila “[...] no es ilegítimo, sino limitado” (ETI, I: 191), es limitado porque desconociendo la naturaleza y a Dios no queda mucho que plasmar, así lo expresa Mejía (2018):

Gómez Dávila reclama que la auténtica obra de arte y la auténtica experiencia estética son lo que son en la medida en que hacen patente o permiten la experiencia del ser como aceptación, como relación con dios, y no como proclamación de la supremacía humana,

puesto que se convierte en práctica de obediencia al ser, a la realidad y a su supremo misterio. (p. 263)

De acuerdo con Mejía (2018) el arte permite experimentar el ser con mayor hondura, abre las puertas hacia la comprensión de la realidad, resalta la relación con Dios, y por último se opone a esa divinización del hombre, el arte en este caso deja de ser concebido como un simple entretenimiento porque “el que mira la obra de arte tan sólo como objeto estético la mutila” (SETI: 135) en cambio “para el contemplador, la realidad no son el lienzo y los pigmentos, sino el cuadro” (SETI: 28), debido que al industrializar el arte solo se prioriza los elementos físicos como esencia de la obra y queda reducida a una simple materialidad, y aquel que contempla no busca observar materiales mezclados, sino que espera ver la manifestación de lo inexplicable.

Lo inexplicable es lo que la modernidad no puede aceptar y como “el mundo es felizmente inexplicable [...]” es menester darle una justificación, la cual es la existencia del hombre, pero según Gómez Dávila “¡Qué sería un mundo explicable por el hombre!” (ETI, II: 157), sería solo soberbia moderna, que considera que la realidad puede ser simplemente explicada por la razón, ya que a la modernidad le parece una deficiencia el no poder darle una explicación completa al mundo, por eso reduce a datos la realidad y transforma el arte en algo abstracto el cual puede ser moldeado según sus intereses, convirtiendo la realidad en algo predecible y carente de sentido. Sin embargo, para Gómez Dávila “la existencia de la obra de arte demuestra que el mundo tiene significado. Aun cuando no diga cuál.” (SETI: 30). El arte se convierte en una manera de evidenciar el sentido del mundo, pero no busca definirlo, ni explicarlo, porque “La obra de arte es un pacto con Dios” (ETI, I: 291).

El arte como herramienta de la tradición le ayuda al ser humano a reconciliarse con Dios y le permite aceptar, a la manera de Gómez Dávila que “Dios no es objeto de mi razón, ni de mi

sensibilidad, sino de mi ser. Dios existe para mí en el mismo acto en que existo” (ETI, I: 284), al darse cuenta de que Dios está en toda la realidad, acepta esa tradición espiritual que hereda porque esta “[...] es una vida que el individuo asume en su concreta situación para emplazarse en una situación concreta [...]” (T, I: 130), es decir, que la tradición no es simplemente algo que se transmite de generación en generación, sino que es algo que está en constante cambio con cada época y que se actualiza gracias a quien la asume y la reinterpreta.

Tercer Capítulo: La realidad cotidiana como principio y fin del pensamiento

La modernidad no solo provocó la separación del hombre con Dios y embriagó al hombre de divinidad, sino que también lo alejó de la realidad que lo rodea. Cuando el sujeto moderno se pone a sí mismo como la medida de todo, el mundo y las cosas a su alrededor pierden todo significado o valor por sí mismos, se transforman en simples herramientas que le permiten alcanzar sus anhelos divinos, por eso al “[...] haberse presumido capaz de darle plenitud al mundo, el moderno lo ve volverse cada día más vacío” (NETI, I: 36). Con esa presunción la modernidad al desencantar la sociedad lo único que alcanza es insatisfacción y desorientación, el racionalismo y la ciencia no le permiten llenar la vida de significado, pero de igual manera se niegan a aceptar el fracaso de su proyecto moderno: el hombre, es de ahí que "los problemas modernos no requieren solución, sino aborto" (ETI, II: 311).

En esa negación al fracaso de su proyecto y su deseo de alcanzar el ideal de progreso lo único que provoca es que el hombre se aleje más de todo aquello que le impulsa a llevar una vida con lucidez, ya advierte Gómez Dávila que “arrebataados por el noble empeño de restituir al hombre su dignidad perdida, la tosca realidad cotidiana los ofende y el insolente desdén de la existencia los humilla” (T, I: 35) puesto que la insatisfacción que genera ver sus ideales obstruidos los lleva a desdeñar la realidad y la consideran como el principal obstáculo de sus aspiraciones, porque esa realidad no se ajusta a los anhelos divinos del hombre, y a partir de esta imposibilidad el hombre emprende una lucha contra la naturaleza, contra el instante y se vuelven incapaces de aceptar la rudeza de la realidad.

Es así como Gómez Dávila con su reacción como un sentimiento que incomoda busca mantener en el ideario de la modernidad ese fracaso, aunque esta reacción sea criticada por parte del progresista porque “[...] la mera postura reaccionaria lo desconcierta. Que el reaccionario

proteste contra la sociedad progresista, la juzgue, y la condene, pero que se resigne, sin embargo, a su actual monopolio de la historia, le parece una posición extravagante” (RA: 15), dado que sus críticas pueden ser bastante fuertes ante el curso que toma el mundo con las ideas modernas, pero su resignación y su falta de carácter para provocar un cambio radical es bastante incomprensible. Sin embargo, ante esas críticas Gómez Dávila ya advertía que el papel del pensamiento no es buscar cambiar un mundo que se transforma solo, sino de juzgarlo (ETI, II: 320), y comprenderlo es un trabajo al que Gómez Dávila dedica gran parte de su obra, es decir, de su vida a partir de la relación que tiene con la realidad concreta tal como ella se presenta.

Gómez Dávila en sus textos no ofrece definiciones de los elementos que aborda, dificultando la tarea de comprender su pensamiento, pero su forma de escribir permite inferir que lo que expone de esos elementos es la experiencia misma que tiene de ellos, porque “el significado de un objeto es su posición absoluta en el sistema del universo; no es un rótulo clasificatorio, ni un concepto, es una presencia sensual, ardiente y dura” (N: 53) y ya que “el universo no es sistema, es decir: coherencia lógica. Sino estructura jerárquica de paradojas” (ETI, II: 129), entonces estas paradojas se presentan como instantes y no queda más que expresarlas en fragmentos, por eso la obra gomezdaviliana está en busca de una corresponsabilidad con un mundo, que no refleja según la rimbombancia del sistema, sino en las paradojas de lo cotidiano.

La realidad para Gómez Dávila se compone del instante, el cual considera como aquello que no es vano, sino como una perfección sensual (ETI, I: 44), el instante no es vano porque aunque “[...] arrancado como desgarramiento al devenir de la existencia no tiene un valor insignificante” (Abad, 2007, p. 64), sino que este logra en su fugacidad expresar lo unitario de la realidad, pues se encuentra limpio de toda abstracción y categorización que pueda generar el

pensamiento humano, y es perfección sensual en tanto que el sentimiento o la exaltación que provoca no son concebibles por medio del razonamiento, sino por el sentir, el instante entonces es “[...] un pedazo de sentido que integra, a su vez, toda una gramática de significados, con los cuales NGD pinta el esbozo de su cosmovisión” (Noguera, 2017, p. 147), y toda esa cosmovisión Gómez Dávila la logra ejemplificar de una forma muy poética la cual que podría considerarse como una experiencia pura de la realidad: “quisiéramos no acariciar el cuerpo que amamos, sino ser la caricia” (ETI, I: 110), ser la caricia en vez de ser el que acaricia permite considerar que no se debe observar la realidad como algo lejano, abstracto, sino como algo que se puede sentir, experimentar o en otras palabras vivir.

Eso que se puede sentir de una manera pura es el instante porque en este se encuentra la experiencia del mundo sin algún aditamento, sin algo que pueda adulterarlo, puesto que “una experiencia verdaderamente pura no tiene significación alguna; es simplemente conciencia presente de hechos tales como ellos son” (Nishida, 1995, p. 42), es tener plena conciencia de aquello que aparentemente no tiene significado o nombre alguno. Tal vez de una idea parecida a la de Kitaro Nishida el mismo Gómez Dávila se planteó la hipótesis de que “la noción de experiencia total debe ser la construcción epistemológica sobre la cual conviene apoyar una filosofía de la historia que anhela salvar la riqueza densa y sensual del mundo” (N: 190), por eso el instante es simplemente concebir un objeto en todo su esplendor el cual la mente no lo ha categorizado como objeto, ni ha intentado dotar de sentido, esta experiencia del instante para Gómez Dávila se presenta cuando:

De la vida de un personaje cualquiera podemos conocer todos los detalles, no ignorar nada de cuanto le ha acontecido, y tener de él, sin embargo, una noción tan vacía como la de un manual de historia. Mas si, de pronto, logramos ver lo que es en sí, propio y solo,

nos asombramos de descubrir una densidad a cada gesto, una plenitud a cada acto. La significación con que el objeto interiormente se ilumina, no es una relación transitiva que revele otro objeto, para el cual aquél exista; es, al contrario, la manifestación de su esencia absoluta, de su positividad irreductible. (N: 53)

Con todo esto la realidad para Gómez Dávila es aquello que no se deja agarrar por el pensamiento sistemático, no puede ser reducido a categorías, la realidad trata de una figura absoluta que se manifiesta en la experiencia pura y se escapa de toda usurpación teórica, que solo se revela a un espíritu contemplativo porque “solo la quietud y la rutina nos entregan la pulpa de las cosas, de las esencias, de los seres” (ETI, I: 187). Con todo esto la realidad no es objeto de análisis, sino que ella se ofrece a aquel que puede percibir lo sagrado en lo cotidiano.

El dilema con la contemplación y la rutina es que la vida pueda volverse repetitiva, hasta un poco mecánica, vacía y “lo que despoja a la vida humana de su humanidad es la vida demasiado humana de la cotidianidad” (Román, 2018, p. 245), pero no es la realidad misma la que adormece al ser humano, sino que, al vivir inconscientemente, al no encontrar utilidad en ella, al acostumbrarse a la inmediatez, las cosas pierden toda profundidad y el mundo se vuelve obvio, es por eso que “el mundo carece de sentido, si no imaginamos, subyacente a la realidad cotidiana, una totalidad de la cual no es aquella realidad sino una porción abastardada” (N: 299), el mundo se vuelve obvio cuando se deja de lado esa realidad metafísica que lo funda y le da coherencia, al ser conscientes de esa totalidad del misterio que la envuelve la realidad cotidiana deja de ser concebida como vacía, repetitiva y en ella se manifiesta lo que puede ser considerado como esencial.

Asumir con atención lo cotidiano es darle valor a aquello que puede ser esencial, porque cuando “[...] se habla de valor, se habla de algo que importa de manera inmediata y por sí

mismo” (Román, 2018, p. 247), es decir se señalan las cosas que merecen ser amadas, veneradas o temidas, porque la vida cotidiana es el escenario donde se toman las decisiones morales, en otras palabras, es el lugar donde se hacen visibles los valores humanos los cuales “[...] no acosan al hombre para que los resuelva, sino para que los viva” (T, I: 56) personificándose en los actos y en los modos de estar en el mundo. Es así como la realidad cotidiana se convierte en la portadora de sentido y es en lo cotidiano en donde el hombre se da cuenta de su finitud, siendo consciente de su fracaso, porque “[...] es en la materia deleznable, en la tierra friable, en la arena lábil; es en lo voluble, en la mudanza, en la blanda carne amenazada, donde el hombre halla el firme suelo de sus sueños” (T, I: 190), por así decirlo es en lo inestable de la carne donde el ser humano encuentra un lugar para apoyar sus aspiraciones, deseos y en el que se da cuenta que su lugar no es el de ser una divinidad, sino ser finito, porque la firmeza se encuentra en aquello que se transforma.

Gómez Dávila considera que la realidad cotidiana es el punto de partida de toda reflexión, porque en la realidad nacen las preguntas fundamentales sobre el misterio, el amor, la belleza, lo justo, y “los valores no emergen de teorías abstractas, sino de la experiencia que se da en la vida diaria, en donde el hombre encuentra lo que vale y lo que no” (Román, 2018, p. 251). Todo elemento que haga parte de la vida diaria del ser humano nutre el pensamiento ya que este no inicia en lo sublime o extraordinario, sino más bien en la conciencia de lo ordinario, en aquello que puede convertirse en lo habitual. Con todo lo anterior Gómez Dávila aspira a que su pensamiento se mantenga “[...] pegado y adherido a la realidad cotidiana” y desea “que en ella encuentre su punto de partida y su punto de llegada [...]” (N: 115), ya que el pensamiento no puede desvincularse del mundo, sino que constantemente debe enriquecerse y transformarse al retornar a él.

Ante esta forma de concebir la realidad como principio y fin del pensamiento, Gómez Dávila afirma que su manera de acercarse a ella no es mediante una contemplación, sino que necesita de un ruido tenue dentro de todo ese mar de silencio, a saber, la escritura es el método con el cual su pensamiento se relaciona con la realidad:

Ciertamente no creo que, para pensar, meditar o soñar, sea siempre necesario escribir. Hay quien puede pasearse por la vida con los ojos bien abiertos, calladamente, Hay espíritus suficientemente solitarios para comunicarse a sí mismos, en su silencio interior, el fruto de sus experiencias. Mas yo no pertenezco a ese orden de inteligencias tan abruptas; requiero el discurso que acompaña el ruido tenue del lápiz, resbalando sobre la hoja intacta. (N: 49)

Para Gómez Dávila escribir es una forma de estar en el mundo, puesto que la escritura se convierte en una necesidad existencial, no es meramente una forma de comunicación, sino que es la manera de existir con lucidez puesto que “redactar nuestro pensamiento es, quizá, crearlo; en todo caso, es adquirir de él una plena conciencia” (N: 106). La escritura que permite tener plena conciencia de las experiencias y de las ideas que de ellas surgen es también un ejercicio espiritual; espiritual porque acompañado de la lectura se convierte en una manera de liberar el espíritu de un letargo, es decir “lo que despierta al espíritu de ese sueño dogmático del vivir común, lo que arroja al mar ignoto de los pensamientos propios, de los sentimientos originales es la lectura” (N: 59) es una forma de meditación que permite al ser humano encontrarse consigo mismo y mantener la vida en tensión¹⁶.

¹⁶ “Estas notas no aspiran a enseñar nada a nadie, sino a mantener mi vida en cierto estado de tensión” (N: 319)

La escritura adquiere un papel importante en el pensamiento gomezdaviliano ya que es el medio por el cual las ideas adquieren valor, pues “es solo cuando se revisten de pulpa verbal que las podemos conocer y, así, o rechazar, o acoger según su excelencia” (N: 106). El lenguaje, según Gómez Dávila, hace que las ideas sean accesibles, aceptadas o rechazadas por la conciencia, porque como Gómez Dávila afirma: “la idea vaga y confusa es una mera promesa; promesa que no se cumple y que pronto se olvida si las palabras no la detienen y la fijan” (N: 106). Es así como para Gómez Dávila escribir es el acto mediante el cual el pensamiento se concreta, abandona toda vaguedad. De aquí que la forma breve se convierta en un modo de ser fiel a la realidad, esta es una manera de concebir la escritura como concreción y exactitud, ya que “el fragmento y lo fragmentario plantean además la cuestión del todo y las partes, la pregunta por la autonomía de la frase y por el poderío del trozo” (Mejía, 2018, pp. 26-27).

El papel de la escritura en el pensamiento gomezdaviliano puede ser paradójico, pues Gómez Dávila considera que la realidad no debe ser sometida a ningún tipo de sistematización o conceptualización para lograr tener una experiencia pura de la vida, pero también admite su incapacidad para mantener una mirada silenciosa ante tantas ideas que nacen de esa contemplación del mundo, ante esto Gómez Dávila tuvo que buscar una manera de que su pensamiento no se alejase de la realidad que lo funda, este modo de ser en el mundo se representa en el estilo, no solo de su escritura, sino también de su forma de vivir. Que Gómez Dávila tenga presente esta paradoja de cómo piensa la experiencia de la realidad y cómo la vive él no se convierte en “[...] pretensión intelectual; al contrario, hay una humildad que encontrará su expresión escrita en la forma corta, en un estilo púdico que se acerca más al silencio” (Rabier, 2018, p. 143), es decir, el estilo se convierte en la forma más honesta del pensamiento, su

escritura no desea dominar, ni ser vista por el mundo, sino acercarse a él. Gómez Dávila describe de forma poética esa humildad frente a lo que hace a la hora de escribir:

Sin presumir una importancia de que carecen estas notas, las escribo con una sencillez desinteresada, similar a la de nuestra actitud ante las imágenes que preceden el sueño. Las proclamo de nula importancia, y, por eso, son notas, glosas, escolios, es decir, la expresión verbal más discreta, y más vecina al silencio. (N: 50)

Con todo esto Gómez Dávila “no se jacta de la originalidad de su pensamiento, sino de un estilo singular, de una voz que no se podrá confundir con otra” (Rabier, 2018, p.140). Así, es como el estilo se convierte en algo más que solo una táctica estética, es más bien una manera de guardar fidelidad a su yo y a la realidad que no desea ser dicha en su totalidad. La escritura fragmentaria de Gómez Dávila expresa una lucidez ante lo real, no busca explicarlo, sino caminar junto a esa realidad, “[...]se convierte en una manera para afrontar la tarea desnuda de vivir [...]” (Volpi, 2007, p.10), es también la manera de rozar el misterio que guarda la realidad, y así poder habitarla.

El estilo como una vía hacia la realidad

El estilo fragmentario de Gómez Dávila responde a una actitud frente a la realidad. Esta actitud se da mediante un enfoque ético y epistemológico, ya que el estilo no es solo una forma de escribir, sino que es la manera más cercana a la verdad. En este sentido lo que Gómez Dávila concibe como estilo es aquel “[...] que logra evocar presencias concretas por medio de los <<términos más generales>>” (ETI, I: 105), cuando Gómez Dávila menciona el papel de lo que él considera como estilo puro está intentando explicar el porqué de su método fragmentario de escribir, dado que “ser reaccionario es haber aprendido que no se puede demostrar, ni convencer, sino invitar” (SETI: 156).

Si se entiende esta relación fragmentaria y reaccionaria se puede observar que, al decir poco, sugiere más, apuntando a lo esencial de las experiencias. Lo que hace Gómez Dávila es acercarse a ese misterio que envuelve a la realidad, evocando lo concreto, pues para Gómez Dávila “la idea es la verdadera sintaxis del estilo” (ETI, I: 324), por así decirlo, la idea exige esa forma de ser expuesta. En ese sentido, lo fragmentario de la obra gomezdaviliana, pasa de ser una técnica y se convierte en la forma más adecuada de acercarse y poner el pensamiento en dirección hacia la realidad. Podría decirse que escribir así es más que una renuncia a quedarse en la idea es observar el nacimiento y la muerte de esta, tal como lo expresa Gómez Dávila en una de sus notas más extensa:

Suelo pensar que no hay sino dos maneras tolerables de escribir una manera lenta y minuciosa, una corta y elíptica. Escribir de la primera manera es hundirse con delicia en el tema. Penetrar en él deliberadamente, abandonarse sin resistencia a sus meandros y renunciar a adueñarse para que el tema más bien nos posea. Aquí convienen la lentitud y la calma; aquí conviene morar en cada idea, durar en la contemplación de cada principio, instalarse perezosamente en cada consecuencia. Las transiciones son, aquí, de una soberana importancia, pues es este ante todo un arte del contexto de la idea, de sus orígenes, sus penumbras, sus nexos y sus silenciosos remansos. Escribir de la segunda manera es asir el tema en su forma más abstracta, cuando apenas nace, o cuando muere dejando un puro esquema. La idea es aquí un centro ardiente, un foco de seca luz. De ella provendrán consecuencias infinitas, pero no es aún sino germen, y promesa en sí misma encerrada. Quien así escribe no toca sino las cimas de la idea, una dura punta de diamante. Entre las ideas juega el aire y se extiende el espacio. Sus relaciones son secretas, sus raíces escondidas. El pensamiento que las une y las lleva no se revela en su

trabajo, sino en sus frutos, en ellas, desatadas y solas, archipiélagos que afloran en un mar desconocido. (N: 56)

Estas dos maneras de escribir no solo representan estilos literarios, sino que son formas distintas de afrontar la vida y el pensamiento, son maneras existenciales y filosóficas, porque en la primera forma de escribir la idea se experimenta de manera lenta, con paciencia, es decir se vive en la idea, en cambio en la forma elíptica es una tormenta de vacío, de silencio y la idea se convierte para el lector en una sugerencia que le exige que contemple su existencia sin entregarse completamente. Elegir alguno de esos dos estilos representa un modo de habitar y de pensar el mundo, para Gómez Dávila la forma corta y elíptica es la manera más honesta de vivir lúcidamente, porque entiende la discontinuidad de la vida, el misterio y evita caer en la ilusoria verdad de los sistemas. La manera en que Gómez Dávila concibe los dos estilos de escritura sugiere que para él escribir no es solo expresar ideas u ofrecer verdades, sino invitarse a sí mismo a mirar el mundo a través del fragmento, de la erótica del instante¹⁷.

Gómez Dávila resalta que aquello que organiza sus fragmentos es la idea misma que expresa, es decir, lo concreto, por eso se hallan en unidad el pensamiento y la forma: “el estilo no resulta ni de la obediencia a una regla, ni de la expresión de un temperamento, sino de la coincidencia de una idiosincrasia y de una norma” (ETI, II: 299). Todo esto se convierte en una crítica al estilo puramente estético pues “las elegancias de estilo sólo se pueden soportar donde no son elegancias” (NETI, II: 42), la crítica recae en que no es necesario intentar imponer belleza a aquello que en sí misma guarda belleza, la preocupación de algunas expresiones de un estilo elegante se debe a que su contenido no es la realidad y son más bien una expresión pobre de

¹⁷ Véase: Gallo Casas, D. F. (2017). *El erotismo como filosofía del instante deseado: una aproximación desde la filosofía de Nicolas Gómez Dávila*. Repositorio Universidad Distrital. <http://hdl.handle.net/11349/15002>

lucidez, esta también se convierte en una crítica al facilismo moderno, por la superficialidad y la velocidad que lo moderno le impone al mundo, es decir, el estilo gomezdavilano es una manera de resistir las lógicas modernas de lo útil, por eso este es breve, denso y preciso, lo cual lo convierte en un gesto político y ético, porque es necesario “pensar en hábitos antes que estructuras” (Álvarez, 2021, p. 18) . Con todo esto, escribir para Gómez Dávila es una actitud ética, dado que, al escribir adecuadamente, se piensa y se actúa bien, no son solo palabras elegantes, sino que es rigor de mantenerse fiel a la idea, a lo concreto. Es así como:

En su propio ejercicio del oficio de escribir va apareciendo, aunque sea negativamente, una pretensión o por lo menos un anhelo de belleza o de calidad estética. Gómez Dávila abomina de la fealdad de sus escritos [228-229] y prefigura una forma de escritura que anhela acoger la verdad y la belleza. (Mejía, 2021, p. 47)

Aun siendo crítico de esa escritura que solo busca adornar sus palabras, Gómez Dávila también tiene pretensiones estéticas, en él hay un deseo de belleza, a saber, el ser fiel a la realidad, porque belleza y realidad se entretajan en cada uno de sus fragmentos, y esta forma de escribir se transforma en esa vía en la que se unen, pero aun así es consciente de los límites en su forma de escribir, pues no escribe para ser visto, sino para ser preciso, por ello “[...] parece trabajar en la aceptación de sus defectos, entender que lo determinan y lo distinguen, que cuando los asume, imprimen una virtud en su obra” (Mejía, 2021, p. 47). Al ser consciente de estos límites entiende que para ser preciso o veraz debe mantener la belleza de lo que intenta expresar, por eso se exige a sí mismo. Estas características que definen el estilo de Gómez Dávila, se puede considerar que esta forma de escribir no es solo un producto más: “aun en filosofía, sólo el estilo impide la transformación del texto en un simple documento” (ETI, II: 65), sino es una manera de construir, de aproximarse a una vida filosófica escribiendo para pensar.

Gómez Dávila, entonces escribe como vive y como piensa, su estilo es la huella personal de su vida, piensa en un tono sentencioso, irónico, denso y vive a un ritmo breve, esto refleja un ser inconfundible, tal vez un temperamento filosófico, que se da gracias a ese interés por los clásicos y a ese escepticismo profundo, la relación vida-estilo se puede observar en que “la noción de estilo esconde tres sentidos: propiedad de una expresión individual, sistema de formas, tipo especial de valor” (SETI: 14), esa relación se presenta en esa primera noción, es la huella personal de Gómez Dávila. En la segunda noción se resalta la elección de la forma breve la cual se debe una coherencia en la que se refleja una actitud de pudor frente a la realidad y una visión fragmentada del pensamiento. En cuanto a la última noción de estilo Gómez Dávila considera que es la más exigente de todas: “todo escrito puede tener estilo en el primer sentido, lo tiene inevitablemente en el segundo, alcanza a veces a tenerlo en el tercero” (SETI: 14), porque esta es una forma de belleza, de autenticidad, que alberga valor en sí mismo, ya que:

La esencia de un cuadro bello no es el valor abstracto de la belleza. El cuadro no “participa” de ese valor como una instancia particular de una idea universal. Al contrario, solo *en* lo que es bello hay belleza: con el acto empírico en que sea crea o reconoce una obra bella se engendra la belleza. (Román, 2018, p. 249)

Es así como la misma obra gomezdaviliana alcanza este tipo especial de valor, porque en su escritura logra juntar pensamiento, belleza y un valor ético en pequeños fragmentos, los cuales se convierten una forma de contemplar y decir lo esencial. En efecto, el estilo gomezdaviliano no se limita a decir por decir, sino que busca encarnar una forma adecuada de habitar el mundo; es decir, vivir con lucidez, lucidez que representa una mirada precisa y reveladora de lo real, porque

“[...] el estilo es un valor, una forma concreta de ser de la obra” (Goenaga y Barguil, 2018, p. 106)¹⁸, el cual define el carácter del pensamiento, porque el pensamiento se hace gesto.

Ahora podría decirse que el estilo de Gómez Dávila se convierte en una ética de la escritura que se asemeja a una ética de la existencia, porque Gómez Dávila está apostando por el valor de la vida, el cual “[...] es la lucidez y el ejercicio de la razón lo que hace valiosa una vida, el texto que se presenta aquí es un conjunto de ejercicios que tratan de hacer de esta vida (vida escrita) una vida valiosa” (Mejía, 2021, p. 111), ya que al hacer uso constante del pensamiento le otorga sentido y dignidad a la vida. Escribir de forma breve es llevar una vida disciplinada, entiendo que cada palabra tiene peso y cada fragmento es el resultado de un rigor interior, sin embargo, este estilo de escribir y de vivir de Gómez Dávila “[...] efectivamente necesita una justificación” pero no para otros, sino para sí mismo y los que pueden ser “[...] los jueces de su vida no son sólo los habitantes de su ciudad, sino al menos en la misma medida, sus lectores potenciales” (Kinzel, 2007, p. 34).

La justificación de su estilo es más para que sus lectores reconozcan el valor que le otorga Gómez Dávila a lo concreto, a lo cotidiano, no para ser aceptado por otros: “quien se atreve a exponer sus ideas tiene que someterse a la severidad de quien lo escucha, pero el que atribuye importancia a lo que dice no puede contentarse con las solas exigencias del lector común” (N: 46), es escribir para aquel que también se encuentra en esa tarea de llevar una vida con lucidez.

¹⁸ En este caso la forma de ser de la obra gomezdaviliana, según Goenaga y Barguil (2018) es la elipsis “[...] es una *figura* de construcción que se produce al omitir expresiones que la *gramática* y la *lógica* exigen, pero de las que es posible prescindir para captar el *sentido*. Éste se sobreentiende a partir del contexto. [...] La elipsis es una de las figuras más usuales y comunes y su efecto suele ser de fuerza, viveza, animación, rapidez, pasión, impetuosidad.³⁰ La elipsis es la figura más abundante en las correcciones. En parte por la obvia necesidad de sintetizar la idea, pero también por la necesidad de tratar el cuerpo verbal con cuidado de jardinero” (p. 110)

El estilo pensado en estos términos se relaciona profundamente con la idea de la filosofía como forma de vida, pues el estilo no solo permite concebir el contenido, sino que también lo constituye, es una forma radical de concebir la filosofía como actividad del espíritu, tal como lo afirma Gómez Dávila “una filosofía seria no es un cañamazo de conceptos hilados por la inteligencia, sino enjambre de metáforas orientadas por su objeto” (ETI, II: 657) y a su vez prefiere en vez de una filosofía que busca explicar el mundo “[...] una filosofía que muestra” porque la primera “[...]disuelve lo concreto, la segunda agudiza mi percepción de lo real” (ETI, I: 393). Por esta razón, Gómez Dávila exige una participación de quienes lo leen, ya que considera que el sentido de la realidad no es simplemente dado, sino que se construye con el uso activo del pensamiento. Esto es porque la realidad no se constituye a partir de sistemas, sino que se manifiesta en una constante tensión entre el concepto y lo concreto, es por eso por lo que la verdad no se presenta como totalidad, sino como instantes que se le insinúan al ser humano, exigiéndole una disposición atenta.

Todo el estilo gomezdaviliano se configura como crítica constante a la modernidad y, al mismo tiempo, es creación: la de una vida y un espíritu capaces de afrontar el vacío que la realidad moderna ha provocado. De ahí que Gómez Dávila no conciba “[...] una filosofía que no tenga por base la noción de individuo. Pero no es tanto en la noción vulgar de individuo que pienso, suma de realidades sociales o concepto taxonómico, como en el individuo centro de fuerzas autónomas, realidad creadora y rica en densas penumbras” (N: 121), este individuo es el lector en el que la filosofía *pointilliste* encarna, y Gómez Dávila como autor-lector de su propia obra, es decir, de su propia vida personifica ese cuadro *pointilliste*.

Una obra más una vida igual a una composición *pointilliste*

Lo interesante de toda la obra de Gómez Dávila no es la cantidad de notas, glosas o escolios que escribió, ni su tono sentencioso, irónico, sino el trabajo de carpintería que dedicó para lograr expresar una vida, no como examen introspectivo, ni como el deseo de contar para ser escuchado. Gómez Dávila se empeñó en construir su vida al mismo tiempo que construía un texto, tal como el título de su tercer libro lo indica, implícito, porque lo que escoliaba no solo eran las grandes obras de literatura, poesía, filosofía, sino que se leía y se comentaba a sí mismo, pues se observaba cambiante, fragmentado, limitado, “casi rico, casi buen mozo, casi inteligente, casi con talento [...]” y tal como lo afirma el propio Gómez Dávila su vida “[...] ha consistido en un perpetuo perder el tren por unos pocos minutos de retraso” (N: 162) y ese retraso lo ha llevado a sentirse poco satisfecho consigo mismo, con la realidad que le ofrece el mundo moderno y por eso toda su obra es la manera que expresa “[...] un pensamiento vacilante, plenamente consciente de sus límites y de su mediocridad, propio de alguien que carece de opiniones, que no logra hacerse a un repertorio de soluciones, de alguien que solo tiene ideas transitorias y fugaces” (Verhelst y Raga, 2018, p. 241), es una obra paradójica como la vida misma.

La definición que Gómez Dávila ofrece de sí mismo puede pensarse que representa una de las maneras de encarnar un cuadro *pointilliste*, a saber, es un tipo “sensual, escéptico y religioso [...]” (N: 345), pero cabe preguntarse por qué se define como un sujeto sensual, cómo ese sensualismo se relaciona con el escepticismo y lo religioso, y cómo esta relación permite la composición de un cuadro *pointilliste*. Según Noguera (2017) lo sensual en Gómez Dávila “[...] es la aptitud y capacidad de reflexionar, de deleitarse y aprehender la belleza [...]” (p. 140), el aprehender la belleza se convierte en una manera de conocer, no de manera racional, lo

trascendente, porque la belleza, según Gómez Dávila “[...] nos aparece como una esencia autónoma, como una realidad, como un objeto, como algo que existe en sí, individual, concreto, casi tangible, casi material [...]” (N: 136), es una parte importante del ser humano, y no es algo distinto que solo se percibe en una experiencia externa, es una verdad profunda y captar esta belleza solo se da mediante la facultad contemplativa del ser humano.

Es bajo esta sensibilidad con la que Gómez Dávila intenta mantener una vida a flote, una vida que no se sumerja en un mundo trivial, porque “fácilmente la inteligencia se olvida de sí misma y dimite. Las pequeñeces cotidianas, las preocupaciones mediocres, todo basta para robarnos nuestra lucidez, nuestra pasión” (N: 57). Aprender la belleza es la manera de mantener viva esa pasión que la superficialidad de la vida obstaculiza, pues esa realidad cotidiana cuando es despojada de toda consciencia solo apaga todo deseo o ímpetu de pensar, de reflexionar, es de ahí que la inteligencia fácilmente dimita. Definirse como sensual es entregarse a la belleza, es “[...] acoger cortésmente en nuestras almas la toda belleza del mundo” (ETI, II: 80), puesto que aquel que acoge cortésmente la belleza ha aceptado su condición humana, ha entendido que el mundo no debe ser conquistado, ni debe emplearse como herramienta humana, sino que debe recibirse, y es esta la actitud de Gómez Dávila es su estilo de escribir, es su vida, pues ha aceptado ser el receptáculo de la belleza del mundo.

La decisión estética que Gómez Dávila toma se debe a su fe cristiana, es decir, a su creencia en Dios, puesto que “la belleza es belleza de cosa” cuando Gómez Dávila resalta la belleza de la cosa afirma que esta no se manifiesta en algo abstracto, sino en la realidad, en lo sensible, porque en aquello concreto es donde se contiene o se refleja la belleza “pero que haya belleza no es asunto terrestre” (NETI, II: 170), por así decirlo en lo creado por Dios, como por ejemplo en una flor, un rostro, o en la obra de arte se puede hallar lo sagrado, y es así como por

medio de la concreción de lo bello se puede intuir aquello que es eterno, o de alguna manera apaciguar el hambre que tiene el hombre de Dios: “la obra de arte es un absoluto en nuestro mundo, es independiente y autónoma, sin raíces y sin nexos, objeto puro ofrecido a nuestra hambre de Dios” (N: 128). La obra de arte como un absoluto provoca una irrupción en un mundo en el que las cosas empiezan a brillar sin luz propia, en donde la fe en la humanidad opaca el resto de las cosas, y siendo la obra de arte un pacto con Dios no necesita justificación racional.

Esta autosuficiencia representa una pureza estética y a la vez divina, ese objeto puro es aquello que no ha sido deshonrado por las intenciones modernas de divinizar al hombre, porque la obra de arte, aunque no es Dios lo evoca, lo representa, se lo insinúa al hombre, es de aquí que “la existencia del arte no es prueba de la grandeza del hombre, sino de su conmiseración divina con su impotencia” (NETI, I: 179), el arte se convierte en un consuelo sagrado, ya que es una manera de aliviar la frustración del ser humano ante su incapacidad, su finitud. Todo este dilema de la relación de la belleza con Dios es parte importante del pensamiento gomezdaviliano. Para Gómez Dávila “la experiencia religiosa es la matriz de las constataciones axiológicas” (T, I: 50).

Conclusiones

El pensamiento de Gómez Dávila se encuentra deliberadamente articulado, tal vez de una manera muy peculiar, hasta el punto de que llega a ser marginal. Sus escolios, los cuales no deben ser considerados aforismos, representan un pensamiento que se aleja de la sistematicidad del mundo moderno, y con los cuales busca mantener una coherencia entre sus ideas y un modo de vivir. Lo que Gómez Dávila llama filosofía *pointilliste*, haciendo alusión a una técnica pictórica que tiene como objetivo construir imágenes por medio de puntos aislados, no expresa un pensamiento disperso, sino una manera estratégica de preocuparse por lo esencial para la vida y el pensar, los tonos puros son ideas esenciales escritas al margen, no buscando abarcar la totalidad, pero sí evocando la verdad.

La filosofía, según Gómez Dávila, no debe concebirse como una profesión o disciplina estrictamente, es más una actitud ante el mundo moderno, un saber que todos deberían ostentar, una manera de ver y de decir lo que ocurre desde la experiencia concreta, desde el asombro y la desilusión. Su pensamiento no se inscribe en el universo del mundo moderno institucionalizado, sino que es más un vitalismo que se relaciona con los moralistas franceses, con los escépticos y con los teólogos que ayudan a reforzar su fe. Por eso para Gómez Dávila la filosofía o filosofar es apreciar lo fragmentaria que es la vida, más que un conjunto de conceptos estructurados jerárquicamente.

Explorar cómo la actitud reaccionaria se convierte en una forma de hilar todo el pensamiento gomezdaviliano aleja la idea reaccionaria de ser concebida simplemente como un conservadurismo político, la actitud reaccionaria de Gómez Dávila lo que realmente manifiesta es una postura negativa frente a las premisas de la modernidad, y con la cual busca reivindicar un orden, una tradición espiritual que le permite estructurar su conocimiento al ser consciente de la

condición humana y su lugar en el mundo. La forma de concebir la tradición y la actitud reaccionaria de Gómez Dávila no son resultado de una nostalgia por el pasado o por un orden, sino una manera de pensar el presente con mayor profundidad, mantener una actitud crítica y una tradición viva es la forma de evitar reducir el pensamiento y la vida a meras consideraciones modernas, sino como elementos importantes de una vida lucida.

La realidad cotidiana como principio y fin del pensamiento representa una parte esencial del pensamiento gomezdavilano. En toda la obra de Gómez Dávila la vida diaria no representa un elemento en segundo plano, ni una obviedad, sino que en esta se revelan las preguntas y las paradojas más esenciales de la vida, también en esta el hombre logra darse cuenta de su fracaso, puesto que la vida diaria está cargada de experiencias puras, de instantes que dejan ver las cosas tales como ellas son. Ahora bien, la forma con la que Gómez Dávila vive esas experiencias puras no es solo mediante la contemplación, sino por medio de su escritura, su estilo fragmentario intenta ser fiel a la realidad que observa, es por eso por lo que su estilo lo que busca no es captar la totalidad del mundo, desea mostrar la belleza, guardar esos momentos de lucidez y mantener su pensamiento adherido al misterio y al mundo que habita. Sus fragmentos se convierten en el modo más adecuado para una filosofía que se rinde ante la complejidad de la realidad.

En términos generales la filosofía *pointilliste* de Gómez Dávila es una invitación a pensar de una forma contemplativa, crítica, de algún modo anacrónica y radical frente a un mundo moderno que satura la vida de los seres humanos con discursos compuesto con certezas pasajeras. La obra de Gómez Dávila es una manera de resistirse, de reaccionar y de construir una vida que no sea obviada, que no dé por hecho la existencia del hombre, sino que sea vivida lucidamente, con una fidelidad por la realidad y la belleza del instante. En sus escolios, notas y glosas no hay que buscar respuestas, ni sistemas que estructuren el mundo, pero sí se puede

encontrar en ellas una visión del mundo cargado de dureza, desesperanza, y de lucidez que nos invita a vivir y a pensar con honestidad.

Referencias

- Gómez Dávila, N. (1977a). *Escolios a un texto implícito*. Vol. I. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gómez Dávila, N. (1977b). *Escolios a un texto implícito*. Vol. II. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gómez Dávila, N. (2003). *Notas*. Villegas Editores.
- Gómez Dávila, N. (1986a). *Nuevos escolios a un texto implícito*. Vol. I. Procultura.
- Gómez Dávila, N. (1986b). *Nuevos escolios a un texto implícito*. Vol. II. Procultura.
- Gómez Dávila, N. (2002) *Textos I*. Villegas Editores.
- Gómez Dávila, N. (2013). El reaccionario auténtico. *Revista Universidad de Antioquía*.
- Gómez Dávila, N. (2002). *Sucesivos escolios a un texto implícito*. Instituto Caro y Cuervo.
- Abad, A. (2007). La Filosofía como Epifanía. *Paradoxa*, 7(14), 59-69.
- Abad, A. (2017). Gómez Dávila y la muerte del arte. *Nicolás Gómez Dávila: Homenaje al centenario de su natalicio*, 29-39.
- Álvarez, Á. O. (2021). Una modernidad “antimoderna”. El problema del estilo en Nicolás Gómez Dávila y Octavio Paz. *Res publica*, 24(1), 17-25.
<https://doi.org/10.5209/rpub.70099>
- Berlin, Isaiah (2000). *Las raíces del romanticismo*. Taurus.
- Brassier, Ray. (2003). Herejía axiomática: La no filosofía de François Laruelle. *Radical Philosophy* 121. <https://www.radicalphilosophy.com/article/axiomatic-heresy>

- Fichte, J. G. (1987). Primera y segunda introducción a la Doctrina de la ciencia. ed. y trad. de José María Quintana Cabanas. Tecnos
- Giraldo Zuluaga, C. (2015). Códigos estéticos en el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila. *Discusiones Filosóficas*, 16(26), 129-150.
<https://doi.org/10.17151/difil.2015.16.26.9>
- Goenaga Olivares, F. E. (2017). Grandeza y miseria de la poesía. Nicolás Gómez Dávila, lector de Baudelaire y Mallarmé. *Nicolás Gómez Dávila: Homenaje al centenario de su natalicio*, 74-82.
- Goenaga Olivares, F. E. (2018). Nicolás Gómez Dávila: el surgimiento de una obra sucesiva. *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila*, 85-94. Pontificia Universidad Javeriana.
- Goenaga F, Barguil N. (2018). El eclecticismo de un estilo. *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila*, 97-111. Pontificia Universidad Javeriana.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989). Colombia: Un caso complejo. *El libro de Cruz Vélez*. Hispanoamérica: imágenes y perspectivas.
- Heidegger. (1985). *¿Qué es filosofía?* Narcea Ediciones.
- Kierkegaard, S. (2006). *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*. Trad. Rafael Larrañeta. Trotta.
- Kinzel, T. (2007). Nicolás Gómez Dávila, Henry David Thoreau, el romanticismo y el arte de la lectura. *Paradoxa*, 7(14), 29-40.

- López, C. A. (2012). Normalización de la filosofía y filosofía latinoamericana en Colombia. Vivencia de un proceso. *Universitas Philosophica*, 29(58), 309-327.
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/vniphilosophica/article/view/10850>
- López, C. A. (2021). Cultura y tecnificación en los primeros filósofos colombianos de la normalización. *Ideas y Valores*, 70(7Supl), 79–109.
<https://doi.org/10.15446/ideasyvalores.v70n7Supl.95336>
- Mejía Mosquera, J. F. Amor, erotismo y escritura en notas de Nicolás Gómez Dávila. *Nicolás Gómez Dávila: Homenaje al centenario de su natalicio*, 90-105.
- Mejía Mosquera, J. F. (2018). Introducción. *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila*, 15-49. Pontificia Universidad Javeriana.
- Mejía Mosquera, J. F. (2018). Facetas del pensamiento estético de Nicolás Gómez Dávila. *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila*, 257-277. Pontificia Universidad Javeriana.
- Mejía Mosquera, J. F. (2021). *Pensar es escribir: La filosofía en Notas de Nicolás Gómez Dávila* (Tesis de doctorado, Pontificia Universidad Javeriana). Repositorio Institucional – Pontificia Universidad Javeriana. <http://hdl.handle.net/10554/54314>
- Molina Peláez, T. F. (2011). *La crítica a la democracia liberal en la obra de Nicolás Gómez Dávila* (Tesis de pregrado, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario). Repositorio Institucional – Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- Nishida, K. (1995). *Indagación del bien*. Gedisa.

- Noguera Pardo, C. (2017). Ontología de lo sensual en la obra Nicolás Gómez Dávila el ens pulchrum. *Entre Fragmentos. Interpretaciones gomezdavilianas*, 137-15.
- Pulido, A. M. (2020). *La παιδεία implícita*. (Tesis de pregrado, Pontificia Universidad Javeriana). Repositorio Institucional – Pontificia Universidad Javeriana.
<http://hdl.handle.net/10554/51546>
- Rabier, M. (2013). Biblioteca gomezdaviliana: las fuentes bibliográficas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila (I). *Revista interamericana de bibliotecología*, 36(3), 235-248.
<https://doi.org/10.17533/udea.rib.17982>
- Rabier, M. (2018). Sobre un modo gomezdaviliano de escribir (y de leer). *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila*, 129-153. Pontificia Universidad Javeriana.
- Romero, F. (1944). Sobre la filosofía en Iberoamérica. En *Filosofía de la persona y otros ensayos*, 147-157. Losada.
- Rodríguez Cuberos, E. G. (2009). El romanticismo de Nicolás Gómez Dávila: entre la reacción y la insubordinación. *Nómaditas*, (31), 165-181.
https://nomadas.ucentral.edu.co/index.php?option=com_content&view=article&id=212
- Román Osorio, Pablo Miguel. (2018). La cotidianidad valorada: los valores en el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila. *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila*, 245–256. Pontificia Universidad Javeriana.
- Russell, B. (1946). *Historia de la filosofía occidental*. Austral
- Sierra Mejía, R. (2010). Nuestros filósofos no son nuestros genios: insolencias con un disidente. *Práxis Filosófica* 31, 187-212. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica>

Torregroza, E. (2018). El fracaso del hombre. La antropología de Nicolás Gómez Dávila.

Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila, 279-288. Pontificia Universidad Javeriana.

Ulloa, C. A. (2020). La meditación axiológica como ruta investigativa en la obra de Nicolás Gómez Dávila. *Ideas y Valores*, 69(172), 81-102.

<https://doi.org/10.15446/ideasyvalores.v69n172.66401>

Vattimo, G. (1987). Muerte o crepúsculo del arte. *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura moderna*, 49-59.

Verhelst Montenegro, S., & Raga Rosaleny, V. (2018). Similitudes entre el escepticismo de los Ensayos de Montaigne y las Notas de Nicolás Gómez Dávila. *eidos*, (28), 218-254.

<https://doi.org/10.14482/eidos.28.194>

Volpi, F. (2007). Entre pocas palabras. *Paradoxa*, 7(14), 7-16.

Volpi, F. (2003). Una voz inconfundible y pura. Prefacio. En *Notas*. Villegas Editores, 11-40.